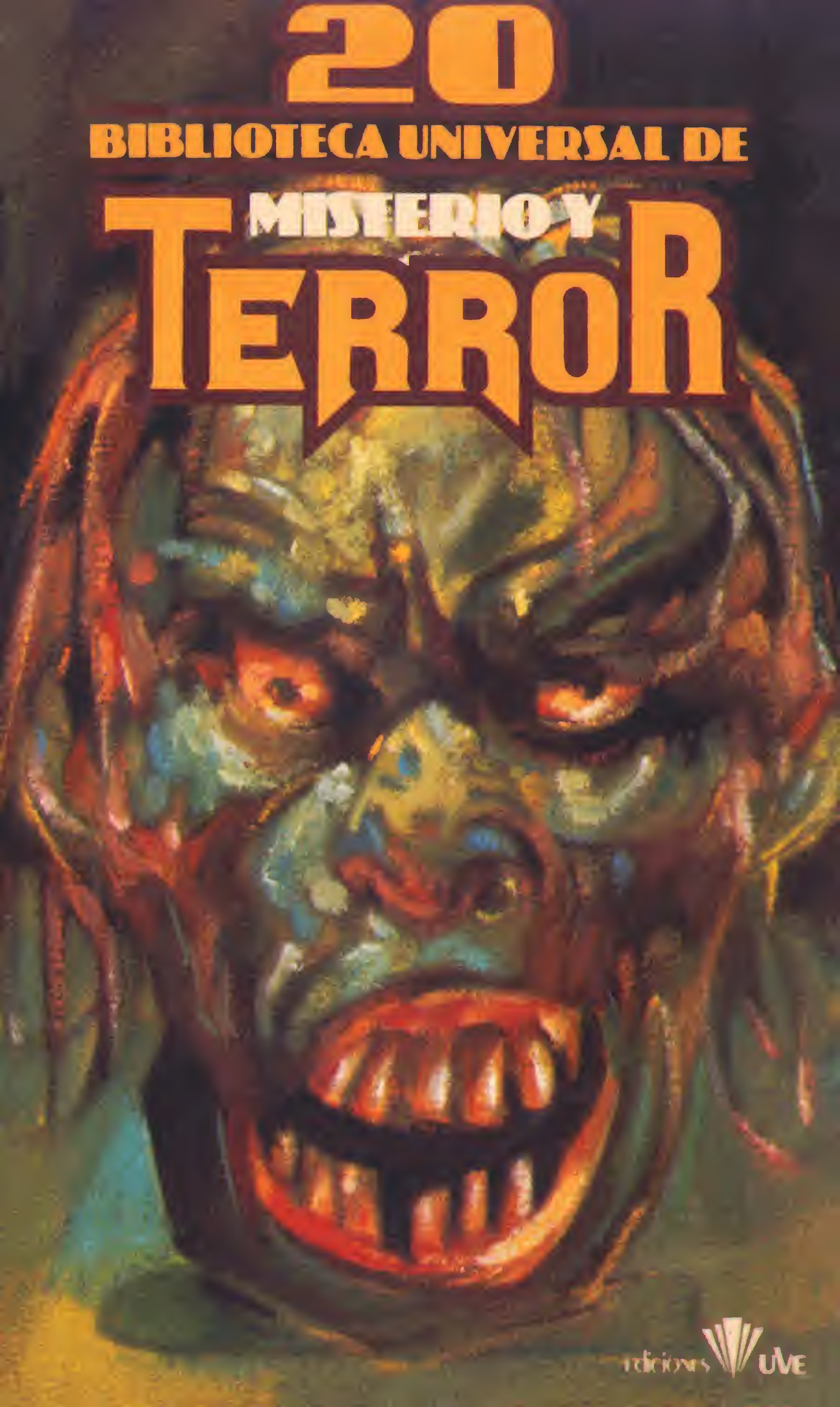

20
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y
TERROR
ediciones UVE



Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Portada e ilustraciones:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 28808-1981.
ISBN: 84-85609-98-0.

Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO


La sed



La sed

Alejandro Delgrado

Quien goza de la ofuscación de la crueldad por una conjunción olfativa del inconsciente, cambia el olor de la sangre por el perfume del amor.



A las ocho menos cuarto en punto, como cada mañana, Alberto tanteó sus bolsillos para confirmar que todo estaba en orden. La documentación y el dinero en el interior de la chaqueta, la pluma estilográfica y el abono del autobús en el pequeño bolsillo junto a la solapa izquierda. Dinero suelto, un pañuelo limpio y el llavero en los del pantalón, y el amuleto de madera en el diminuto bolsillo a la altura del cinturón.

Al salir del portal vio que un autobús de la línea cuarenta y dos se encontraba detenido en la parada, y echando a correr, a la vez que hacía señas con la mano al conductor, cruzó la calzada sorteando los automóviles que a aquellas horas de la mañana circulaban a gran velocidad; pero antes de que pudiera alcanzarlo subió el último pasajero y el autobús arrancó dejando una sucia estela de humo negro que a los pocos instantes comenzó a diluirse en la gélida atmósfera de la mañana.

Murmurando una maldición, se apoyó en el poste metálico y se dispuso a esperar al menos diez minutos hasta que pasara el siguiente. El ambiente era fresco, y Alberto sabía que, si se le enfriaban los pies,

no sería capaz de entrar en calor hasta cerca del mediodía, y la jornada de mañana en la oficina se le haría interminable.

Seguro de que tenía tiempo de llegar andando hasta la próxima parada, echó una ojeada hacia el final de la calle para cerciorarse de que, como en algunas ocasiones, y por desarreglos horarios, el siguiente autobús no venía pegado al primero, y emprendió la marcha volviendo de vez en cuando la cabeza.

En la otra parada había ya dos personas esperando y consideró oportuno no arriesgarse a caminar hasta la siguiente, más que nada temiendo que el vehículo ostentara el cartel de «completo» y pasara de largo.

Dirigió su vista entonces hacia la entrada de la calle Sande para comprobar que la furgoneta del Banco de Sangre continuaba estacionada entre el cine y los grandes almacenes, como si no se hubiera movido en los últimos dos meses, aunque era de suponer que por las noches se dirigiría al hospital para depositar en él su preciada carga de plasma, generosa cosecha de sangre que ofrecían los viandantes a requerimiento de ambulantes enfermeras.

A pesar de que Alberto transitaba con frecuencia por aquella zona de la ciudad, único centro comercial próximo a su domicilio, nunca había sentido la tentación de donar sangre, aunque en más de una ocasión se lo había solicitado alguna de las sonrientes auxiliares sanitarias. Nunca hasta hacía una semana aproximadamente.

Cuando solía dirigirse a los grandes almacenes o a alguno de los comercios de aquel área, ponía gesto hosco y llevaba el «no» dispuesto a flor de labios por si alguna de las enfermeras, como ya había sucedido, requería de él amablemente la ofrenda sanguínea, y lanzaba la negativa al rostro de la joven de forma destemplada, igual que se hace con un vendedor inoportuno o un comerciante insistente en exceso.

Hasta que, en cierta ocasión, reparó en la muchacha.

Se encontraba contemplando unos zapatos expues-

tos en un escaparate, cuando la vio reflejada en el cristal. Hablaba con dos jóvenes y con toda probabilidad solicitaba de ellos donación de sangre, pero al parecer no logró convencerlos, porque al rato se despidieron. Entonces la chica fijó su vista en él y fue acercándose mientras Alberto la contemplaba en el cristal, y cuando él ya casi sentía su aliento en la nuca y parecía dispuesta a hablar, la muchacha miró su rostro reflejado en la luna del escaparate, vaciló un momento, y dándose la vuelta, se alejó hacia un grupo de personas a las que interrumpió en su deambular para pedirles su generosa colaboración. No obstante, y mientras hablaba con aquellas gentes, volvió la cabeza una o dos veces en dirección a donde se encontraba Alberto.

Preguntándose el por qué de aquella reacción, cruzó al otro lado de la calle, y oculto entre los viandantes, la estuvo observando durante largo rato, y en ninguna ocasión vaciló al acercarse a otro transeúnte.

Su forma de caminar y el modo en que miraba francamente a los ojos mientras sonreía solicitando la aportación sanguínea fue lo que más llamó la atención de Alberto. Si mientras contemplaba el escaparate ella le hubiera abordado en lugar de darse la vuelta, no habría rehusado colaborar, cosa que jamás se le había pasado antes por la imaginación. Quizás en ocasión de alguna catástrofe o en una situación extrema habría sido de los primeros en ceder una cierta cantidad de sangre, pero sin ninguma motivación especial, en frío, el gesto le parecía una especie de mutilación voluntaria.

Estuvo contemplándola durante largo tiempo fascinado por su ir y venir, por la amabilidad con que recibía las negativas y por la sonrisa de agradecimiento dirigida a los que aceptaban escuchar los argumentos con que la Seguridad Social pretendía convencer al público de la necesidad de donar una mínima cantidad de plasma.

El número de personas que habiendo prestando atención a sus explicaciones rehusaba contribuir a la

causa era muy escaso: algún hombre mayor, dos muchachas con aspecto de solteronas, una madre de familia con aire de mujer frustrada, una monja huidiza. El resto de los viandantes, tras escuchar alelados quién sabe qué tipo de razonamientos, se dejaban conducir suavemente hacia la gran furgoneta como ovejas que no ofrecen resistencia al ser llevadas al matadero.

Tomando con delicadeza por el codo a las personas mayores, pasando el brazo por el hombro de algún joven, o quitando con gesto familiar una mota de polvo de la solapa de algún caballero, les acompañaba hasta la portezuela del vehículo donde sanitarios vestidos con batas blancas se hacían cargo de los donantes.

Desde aquel día, Alberto deseó que la muchacha se dirigiera a él solicitando su colaboración, y muchas tardes se encaminaba hacia la zona comercial y daba vueltas procurando hacerse el encontradizo con ella, pero la joven parecía esquivarle, o al menos eso creía él, porque no era verosímil que tantas idas y venidas de una misma persona pasaran desapercibidas.

Alberto tenía la certeza de que durante alguno de aquellos paseos los dos se encontrarían frente a frente y ella no podría eludir dirigirse a él y solicitar una voluntaria aportación sanguínea.

Ahora, mientras esperaba la llegada del autobús, contemplaba la furgoneta estacionada en la todavía semidesierta zona comercial. La puerta del vehículo gris permanecía cerrada, y alguien había retirado una escalerilla de madera con tres peldaños que facilitaba el acceso al interior. Las ventanillas, provistas de persianas venecianas, aparecían asimismo cerradas, y aunque nada permitía suponerlo, Alberto experimentó la sensación de que alguien le estaba contemplando desde el interior del coche.

Precisamente creía haber observado un movimiento furtivo detrás de una de las ventanillas, cuando hizo su aparición el autobús, y los componentes de la cola se removieron inquietos asegurándose la posesión de sus pequeños territorios. A los pocos

instantes el vehículo se puso en marcha y Alberto vio desaparecer la furgoneta en lontananza. Sólo cuando el revisor le pidió que exhibiera el abono salió de su ensimismamiento.

Aquella misma tarde se dirigió hacia la zona comercial, y situándose detrás de un quiosco de periódicos, se dedicó a la observación de los movimientos de las enfermeras.

Entre todas sus compañeras destacaba la muchacha en cuestión, no solamente por hacer gala de un mayor dinamismo y de un superior poder de persuasión, sino por un especial atractivo que emanaba de toda su persona. Sin poseer una belleza clásica ni rasgos perfectos, su figura destacaba en el acto de entre la masa de viandantes y curiosos que circulaban perezosamente por aquella vía peatonal.

La muchacha tenía la tez pálida y el cabello castaño le rozaba los hombros meciéndose a cada movimiento de su cabeza. Sus ojos eran intensamente azules, y bajo una breve y recta nariz se dibujaba una boca cálida que sonreía continuamente, sin que la permanencia de aquel gesto constituyera ningún rictus forzado. Seguramente a causa de aquella sonrisa se le habían formado unas leves arrugas junto a la comisura de los labios que otorgaban cierto carácter de formalidad a su rostro cuando permanecía seria, y realzaban el gesto de cordialidad cuando sonreía.

Después de haberla contemplado a placer, se mezcló con la masa de transeúntes, y en cierto momento en que se dirigía hacia ella para hacerse el encontradizo, otra de las enfermeras se le acercó, e interrumpiendo su marcha, se dispuso a solicitar su colaboración. En aquel mismo instante, como si hubiera estado sobre aviso, la muchacha se volvió, y mirando fijamente a su compañera pareció transmitirle un mensaje con un simple y fugaz parpadeo. Al instante la que le había abordado sonrió con cierta confusión y, musitando una excusa, se alejó en busca de otras personas a quienes pedir su cooperación.

Alberto, intrigado por aquel gesto, dio unas cuantas vueltas por la calle contemplando los escaparates y al cabo de unos minutos regresó a la zona donde se encontraba la furgoneta. Avanzó resueltamente y llegó hasta la joven, que en aquel momento se encontraba sola. Mirándola fijamente a los ojos sonrió y se ofreció voluntariamente para la donación, pero, apenas había musitado dos palabras, cuando ella le interrumpió serena aunque tajantemente diciendo: «No, tú no».

Alberto se alejó confuso del lugar sin atreverse siquiera a preguntar el motivo de la negativa, pero sabiendo que la joven le acababa de hacer un gran favor, y no obstante obsesionado por aquel «tú no» se perdió entre la multitud avanzando cada vez más deprisa, hasta que, sin saber por qué, echó a correr y advirtió que se encontraba aterrorizado, y que aquella carrera era una huida de algo terrible en cuyo poder había estado a punto de caer.

Cuando llegó a casa estaba sudoroso y el corazón le latía tan fuertemente como si estuviera en trance de desprendérsele del pecho. Subió las escaleras de dos en dos y una vez en el interior del piso echó el cerrojo con mano trémula y permaneció pegado a la puerta durante largo rato con el oído atento al menor ruido procedente de alguna de las habitaciones. Después, sigilosamente, encendió las luces y recorrió el apartamento con toda precaución, igual que se hace cuando un crujido sospechoso nos hace recelar la presencia de ladrones.

Durante los dos días siguientes sus ocupaciones le impidieron acercarse a la zona comercial, y casi llegó a olvidar aquel irracional pánico que le dominara de forma tan absurda como incomprensible, y hasta elaboró una teoría para justificar ante sí mismo el hecho de no haber sido aceptado como donante de sangre.

Es posible —se decía— que las muchachas tuvieran a causa de su profesión un gran ojo clínico y en virtud de aquella facultad supieran con cierto margen de error, naturalmente, quién era apto y quién no para

ofrecer plasma. Y aunque aquella conjetura pudiera resultar preocupante, o cuando menos ofensiva, su formulación no le inquietó lo más mínimo, puesto que lo único que en su fuero interno deseaba era buscar una explicación a un hecho, situar en su emplazamiento adecuado las piezas de un rompecabezas a fin de recuperar la tranquilidad perdida.

Al tercer día, se dio una vuelta por la zona y comprobó que todo continuaba en el mismo estado. Las enfermeras detenían a los viandantes, los cuales aceptaban o rechazaban colaborar en la empresa, según su humor o las dotes de persuasión de las chicas.

Situándose detrás del puesto de periódicos espió durante un buen rato las maniobras de captación de las muchachas prestando especial atención a la joven que le había rechazado, quien, con el simpático gesto que la caracterizaba, seleccionaba cuidadosamente a los paseantes y se aproximaba a ellos sonriente.

Alberto se dio cuenta de que, salvo muy raras excepciones, las jóvenes abordaban a personas que no iban acompañadas, y si acaso se dirigían a parejas lo hacían específicamente a uno de sus componentes sin prestar atención al otro.

En aquel momento, la joven hablaba con una muchacha de unos diecisiete años que parecía escucharla interesada. Conversaron brevemente, y al cabo, la enfermera condujo con suavidad a su conquista hasta la puerta de la furgoneta, y Alberto, interesado por saber qué tipo de argumentos empleaba la enfermera, se hizo el propósito de acercarse a la muchacha que acababa de ser seducida por tales razones y entablar conversación con ella tan pronto abandonara el vehículo.

Media hora más tarde continuaba con los ojos fijos en la puerta de la furgoneta, pero la joven no había vuelto a salir, o por lo menos él no la había visto. En ningún momento perdió de vista la portezuela del vehículo ni a la enfermera.

Cuando dieron las ocho, y los comercios comenza-

ron a echar el cierre, Alberto llegó a la conclusión de que por lo menos dos personas que habían sido conducidas a la furgoneta no habían vuelto a salir de ella, y sin saber por qué, un escalofrío recorrió su espina dorsal, y sintió un pánico semejante al que experimentara algunas noches atrás.

Se sorprendió al notar que el tránsito de personas había disminuido hasta casi desaparecer. Las enfermeras no se encontraban ya en la calle, y las luces de los escaparates debían de llevar mucho tiempo encendidas. Miró su reloj de pulsera admirándose de que estuvieran a punto de dar las diez de la noche. Le dolían los ojos, y cuando retiró la vista de la puerta de la furgoneta, que aparecía ya completamente clausurada, tuvo la certeza de que en su interior permanecían por lo menos dos personas: una muchacha y un hombre.

Incapaz de abandonar aquel lugar, permaneció durante mucho tiempo detrás del puesto de periódicos, y cuando en algún reloj cercano sonaron las campanadas que anunciaban una media, quizá la de las dos, algo pareció agitarse en el interior del vehículo, y a través de las persianas surgió un rayo de luz. A los pocos instantes una ambulancia hizo su aparición por la calle desierta y se estacionó a unos diez metros de la furgoneta, justo en el límite de la zona peatonal.

Casi en el acto, dos sanitarios con batas blancas hicieron su aparición en la portezuela del vehículo de la Seguridad Social, y en aquel mismo instante, el chófer de la ambulancia descendió, y dirigiéndose a la parte trasera, abrió la puerta posterior. Los sanitarios, una vez que contemplaron la maniobra, volvieron a entrar y poco después salían transportando a alguien en una camilla. El cuerpo de aquella persona estaba completamente cubierto por una sábana, pero Alberto tuvo la seguridad de que se trataba de la jovencita a la que no había vuelto a ver.

Después de transportarla hasta la ambulancia, los sanitarios regresaron, y al poco hicieron de nuevo su aparición acarreando otro cuerpo, quizás otro cadá-

ver. Alberto permaneció espantado contemplando el macabro espectáculo hasta que, urgido por un terror irracional salió de su escondite sin ser visto y amparándose en las sombras de la noche huyó calle abajo deteniéndose a unos doscientos metros para tomar aliento al abrigo de un portal.

Un taxi circulaba lentamente por la calzada, y aunque su domicilio se encontraba a menos de cinco minutos, le hizo una seña y el vehículo se detuvo. Precisamente en aquel momento cruzó a su lado la ambulancia, que pausadamente descendió hasta la plaza que remataba la avenida y rodeó el monumento central alejándose a una velocidad moderada. Obedeciendo a un impulso momentáneo, Alberto, después de dar las buenas noches al taxista, le indicó: «Siga a esa ambulancia, por favor, pero no se acerque demasiado». Y se hundió en el asiento asustado por el eco de sus propias palabras.

Durante largo rato circularon detrás de la ambulancia a escasa velocidad, puesto que el vehículo de urgencias no parecía tener demasiada prisa en llegar a donde se dirigiese. Una vez incluso se detuvo en un semáforo en rojo y en ningún momento hizo sonar la sirena. Solamente el farolillo ámbar, girando hipnóticamente sobre el techo, denotaba que el vehículo se encontraba de servicio y ponía un punto de inquietud en la gélida atmósfera nocturna.

Tras abandonar el centro de la ciudad, se internaron en los barrios periféricos, y después de atravesar el cinturón de los sectores más superpoblados, el vehículo sanitario y el que ocupaba Alberto penetraron en una zona residencial.

Al llegar ante un oscuro edificio rodeado por un jardín cubierto por densa arboleda, la ambulancia se detuvo sólo el tiempo necesario para que alguien abriese la cancela metálica, y a continuación traspasó los límites del arbolado perdiéndose en la oscuridad. Tan sólo la luz giratoria color de miel permitía seguir su trayectoria a través del boscaje.

«Deténgase» —pidió Alberto al conductor, pero

éste no pareció haberle oído y continuó impertérrito—. «Pare aquí» —pidió con un cierto temblor en la voz. El chófer, no obstante no se dignó siquiera volver la cabeza, y como si la orden no fuera dirigida a él encaminó el vehículo directamente hacia la cancela, que continuaba abierta. Y a pesar de sus protestas, el taxi, cruzando la entrada, se internó en un sendero de grava rodeado por una tupida vegetación y fue a detenerse a escasos metros de la ambulancia, la cual aparecía estacionada ante la fachada principal del edificio.

Comprendiendo de súbito que acababa de caer en una trampa, se abalanzó hacia la portezuela al tiempo que los dos sanitarios que habían transportado las camillas se encaminaban hacia el taxi. No tuvo siquiera la oportunidad de poner pie en tierra, porque los dos corpulentos hombres le asieron por los brazos y levantándole en volandas le condujeron hacia la puerta de la casa haciendo caso omiso de sus protestas y alaridos.

Cuando recobró el conocimiento experimentó un intenso dolor en la nuca, como si alguien le hubiera golpeado, y acto seguido llegaron hasta sus oídos una serie de gemidos lastimeros. Se incorporó en el lecho en el que yacía y aproximándose a la ventana pudo ver un conjunto de personas que se encontraban junto a una de las puertas laterales del edificio. Allí agrupados, se retorcían las manos y se mesaban los cabellos al tiempo que desconsoladoras quejas salían de sus labios.

En aquel momento se abrió la puerta y entraron dos hombres provistos de batas blancas, pero su aspecto no era brutal como el de quienes le habían conducido al interior del edificio, sino que, por el contrario, tenían el aire de personas cultivadas. No obstante en alguna parte de su rostro, no logró descubrir dónde, había una marca de maldad.

—Lamentamos esta estúpida confusión —dijo el que parecía de más edad—. Así que no pertenece usted a la policía ni a ningún tipo de servicio secreto.

Alberto permaneció perplejo. No cabía duda de que su actuación hubiera hecho recelar a cualquier delincuente que se encontrara avisado. Así pues, estaba entre personas que de algún modo infringían la ley, lo cual no resultaba tranquilizador en absoluto.

—Comprenderá —continuó diciendo el que le había dirigido la palabra —que no ha obrado de manera sensata al inmiscuirse en asuntos que no son de su incumbencia. Su curiosidad le ha perdido, mi querido amigo.

—Cierto —corroboró el segundo. Alberto optó por guardar silencio y obtener así la exigua ventaja que podía desprenderse de cuanta información le fuera voluntaria o inadvertidamente dada.

—Pero debe saber que alguien más ha contribuido a su perdición —manifestó el primero de los doctores o lo que fuese.

—Desde luego —aprobó el segundo, que parecía limitarse a confirmar las palabras de quien asèmejaba ser su superior.

—Pase, señorita —dijo el más anciano volviendo la cabeza hacia la puerta, que permanecía abierta. Y la muchacha que había rechazado su colaboración junto a la furgoneta entró en la habitación.

Su aspecto era lamentable. Parecía haber envejecido diez años. Su rostro, antes tan sereno, estaba ahora cruzado por un rictus de amargura, y un ligero temblor contraía la parte izquierda de su boca. Mantenía las manos a su espalda y sin duda alguna las retorcía con desesperación, porque la parte visible de sus brazos no cesaba de estremecerse. No obstante todo lo cual, no parecía haber sufrido ningún tipo de violencia física.

—Aquí la tiene —dijo el primero de los doctores dirigiéndose a Alberto—. Y se preguntará usted el por qué de tan descortés rechazo.

—Obviamente —adujo el segundo.

—Pero antes de conocer los motivos observe cuáles han sido las consecuencias —y tomando bruscamente los brazos de la joven, la forzó a mostrar las

palmas de la manos. Alberto creyó morir al contemplar aquella masa sanguinolenta y deshecha.

—¡Qué le han hecho! —exclamó horrorizado.

—Nada en absoluto —repuso el que parecía tener más categoría.

—Exacto. Nos hemos limitado a no hacerle nada —explicó el segundo personaje atreviéndose por fin a emitir una opinión propia.

—Ha devorado sus propias manos —manifestó el que llevaba la voz cantante.

—¿Por qué? —gritó el prisionero fuera de sí.

—Porque en castigo a su generosidad la hemos privado de lo que necesita. Parece ser que le ama a usted —añadió, y los dos hombres ataviados con batas blancas prorrumpieron en carcajadas—. Pues bien —continuó—, a fin de que ese cariño no se apague sino que su sed de amar se haga mayor, vamos a mantenerla algún tiempo en cautividad alejada de usted, y después dejaremos que permanezcan juntos un ratito, el tiempo justo para que ella se sacie de su amor.

Al oír estas últimas palabras, la joven prorrumpió en alaridos e intentó llevarse las manos a la boca, pero los doctores la sujetaron con fuerza empujándola fuera de la habitación al tiempo que ellos también salían. Después se oyó el ruido de una llave en la cerradura y Alberto se quedó solo.

Apenas las tres personas abandonaron la habitación se lanzó contra la puerta y agitó el picaporte violentamente, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles, por lo que se derrumbó sobre la cama. La luz de la luna, tamizada por la cancela que aherrojaba la ventana, cayó desoladoramente sobre su rostro.

Durante la noche se sumió en un pesado sopor del que despertó una o dos veces comprobando que el coro de gemidos procedentes del jardín había cesado. Y cuando ya apuntaba la luz del día, se levantó y tomando uno de los barrotes metálicos que sostenían el somier, se apostó tras la puerta en espera de que alguien hiciera su aparición.

En efecto, al filo de las siete y media se oyeron

pasos en el corredor y todos sus músculos se tensaron. El que se disponía a entrar introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar. A continuación se abrió la puerta y Alberto descargó un golpe fortísimo sobre un hombre que portaba una bandeja. La taza y la cafetera rodaron por los suelos con tal estrépito que contuvo la respiración unos segundos seguro de que alguien tenía que haber oído el estruendo, pero pasaron los minutos y nadie más acudió.

La contundencia del golpe había sido tan grande que el encargado de traerle el desayuno yacía sobre un gran charco de sangre. Alberto pensó que estaba muerto, pero poco después movió levemente los dedos de su mano izquierda y torció la cabeza mirándole con ojos extraviados. A continuación fijó la vista en el suelo, y ante el horror de su agresor, el moribundo se inclinó hacia el charco sobre el que estaba tendido y sacando su lengua comenzó a lamer con avidez su propia sangre. Poco después todos sus movimientos cesaron definitivamente.

El corredor se encontraba desierto, y cubriéndose con la bata blanca de su víctima, Alberto caminó por él teniendo que dominarse para no emprender una loca carrera que seguramente le hubiera conducido directamente a las manos de sus secuestradores. Pegado a la pared, anduvo un trecho buscando una salida. Todas las ventanas eran altas y estaban provistas de rejas. De súbito llegó hasta él un coro de apagados gemidos, y al doblar una esquina se encontró de manos a boca con un grupo de personas en tan lamentable estado como aquel al que había quedado reducida la enfermera. Permaneció petrificado un momento a causa de la sorpresa y contempló los desordenados cabellos y los descompuestos rostros de aquellos desesperados.

De pronto, uno de ellos descubrió su presencia, y Alberto se consideró perdido pero ninguno gritó dando la alarma ni llamando la atención, sino que los gemidos se hicieron más intensos y el grupo entero se dirigió lentamente hacia él en ademán suplicante.

Ojos desorbitados y cercados por violáceas ojeras le miraron implorantes; bocas trémulas le llamaron «doctor» al tiempo que lanzaban quejidos de amargura; manos que exploraban el espacio entre el grupo y él se adelantaron anhelantes.

Antes de que ninguno de aquellos desgraciados seres llegara a alcanzarle, retrocedió unos pasos, y sin pensar que dentro podía esperarle su definitiva perdición, abrió una de las puertas que daban al pasillo y penetró en una habitación en penumbra echando a continuación el pestillo. Cuando sus ojos se acostumbraron a aquella semioscuridad rojiza, pudo ver que las paredes estaban cubiertas de anaqueles que contenían cientos de frascos en los que reposaba un líquido. Un acondicionador de aire dejaba oír su monótono zumbido y reducía la temperatura ambiental a pocos grados por encima de cero. En aquel momento se abrió una puerta y dos hombres con batas blancas penetraron en la estancia. Alberto apenas tuvo tiempo de esconderse tras uno de los muebles.

Al abrir la puerta de comunicación con el corredor, aumentó la intensidad de los lamentos de aquel extraño grupo, y los dos hombres, sin prestar demasiada atención a los que de aquel modo se quejaban, los apartaron a empujones y les ordenaron que volvieran a formar la cola que habían deshecho cuando se aproximaron a Alberto.

A través de la otra salida accedió a un pequeño cuarto del que partía una escalera de caracol que le condujo hasta lo que debía de ser ya un piso subterráneo, a juzgar por el número de peldaños descendidos. La escalera terminaba abruptamente ante una puerta metálica que Alberto abrió sin que ofreciera la menor resistencia. Los extraños habitantes de aquella casa estaban muy seguros de su impunidad, o quizá tenían la certeza de que nadie podría abandonarla sin su conocimiento.

El gigantesco sótano tenía todas las características de una gran sala de hospital o de inmenso dormitorio colectivo. A partir de un pasillo central, se extendían

hasta los lejanos confines de la estancia dos filas de literas de tres pisos cada una y en todas aquellas camas reposaba un cuerpo.

Aproximándose a uno de los lechos para contemplar con mayor nitidez lo que la escasísima luz ambiental apenas permitía, Alberto advirtió con horror que todos los pacientes, si de esa forma pudieran ser denominados, tenían varias sondas clavadas en diferentes partes de sus cuerpos. Una de ellas parecía suministrar alguna sustancia alimenticia, otras recogían sustancias de deshecho, y la última extraía lenta, pero continuamente, un hililllo de sangre del brazo de cada uno de los que yacían allí.

Entonces comprendió que entre los cientos de cuerpos debía de encontrarse el de la jovencita a la que había visto sacar en camilla de la furgoneta. Aquello era un terrorífico banco de sangre, y los desgraciados e inconscientes seres, almacenados igual que gallinas en sus jaulas, habían sido reducidos al papel de cuerpos aletargados suministradores de plasma, el cual, unido al que la extraña organización obtenía por el sistema de la inocente furgoneta, debía de estar almacenado en la habitación que atravesara antes de bajar al sótano.

¿Quiénes eran aquellos seres en tan lamentable estado que se habían aproximado a él en el corredor con gesto suplicante? ¿Qué necesidad les había dejado reducidos a aquella triste situación? ¿Para qué todo aquel montaje de matices vampíricos?

Ninguna de aquellas preguntas era coherente en semejantes momentos y Alberto compredió que, si acaso hallaba la respuesta, esto no haría sino complicar la situación y restarle energías para intentar escapar de tan alucinante mundo de pesadilla.

Abandonando la gran sala por otra puerta, que se encontraba practicada en la pared del fondo, accedió a otra escalera que parecía conducir a subterráneos más profundos. Y deseando subir en vez de bajar, retrocedió sobre sus pasos, y sin percatarse que desde detrás de las literas algunos ojos enrojecidos

por la luz ambiental espiaban con calma sus movimientos, llegó de nuevo al corredor donde ya no había huellas del grupo de seres suplicantes.

Dejó atrás la habitación en la que había permanecido encerrado y explorando en la otra dirección, se decidió a entrar en un cuarto cuya puerta estaba entreabierta, y cuando ya se encontraba en el interior, a medio camino de la enrejada ventana, oyó un crujido a sus espaldas y una voz ronca dijo: «Yo te quise salvar».

Volviéndose repentinamente vio que, apoyada en la puerta que acababa de cerrar, se hallaba la muchacha que rehusara su colaboración junto a la furgoneta. Su aspecto era más tranquilo y sosegado, y alguien había vendado sus manos hasta la altura de las muñecas. Avanzando lentamente hacia él, fijó sus ojos en el rostro de Alberto y continuó musitando: «Yo te quise salvar...»

Este permaneció inmóvil ante la repentina aparición, y tras unos instantes de sorpresa suplicó la ayuda de la joven para escapar de aquel lugar. «Dentro de muy poco estaremos fuera» —repuso ella—. «Búscame entonces», y siguió acercándose, y cuando ya se encontraba a escasos centímetros de distancia aproximó su rostro al de él y pareció que iba a besarle en los labios, pero apoyando sus vendadas manos sobre los hombros de Alberto, rozó ligeramente su boca y, descendiendo, hundió su cabeza en el cuello del aterrado prisionero. Acto seguido éste experimentó un dolor agudísimo y notó que unos dientes puntiagudos penetraban en su carne. La enfermera quedó prendida de la garganta de la víctima y sació su sed de sangre absorbiendo con fruición la de Alberto.

Como ocurría algunas mañanas, el autobús se retrasaba, y para no quedarse frío esperando, caminó hasta la próxima parada.

Mientras aguardaba su llegada, contemplo la furgoneta del banco de sangre de la Seguridad Social, y durante una décima de segundo experimentó una ex-

traña sensación, pero acto seguido sus pensamientos volaron hacia las tareas de la oficina. Hoy era lunes, y además del trabajo propio le tocaría realizar parte del de algún compañero que excusaría su asistencia debido a enfermedad. Todos los lunes el catarro hacía sus estragos.

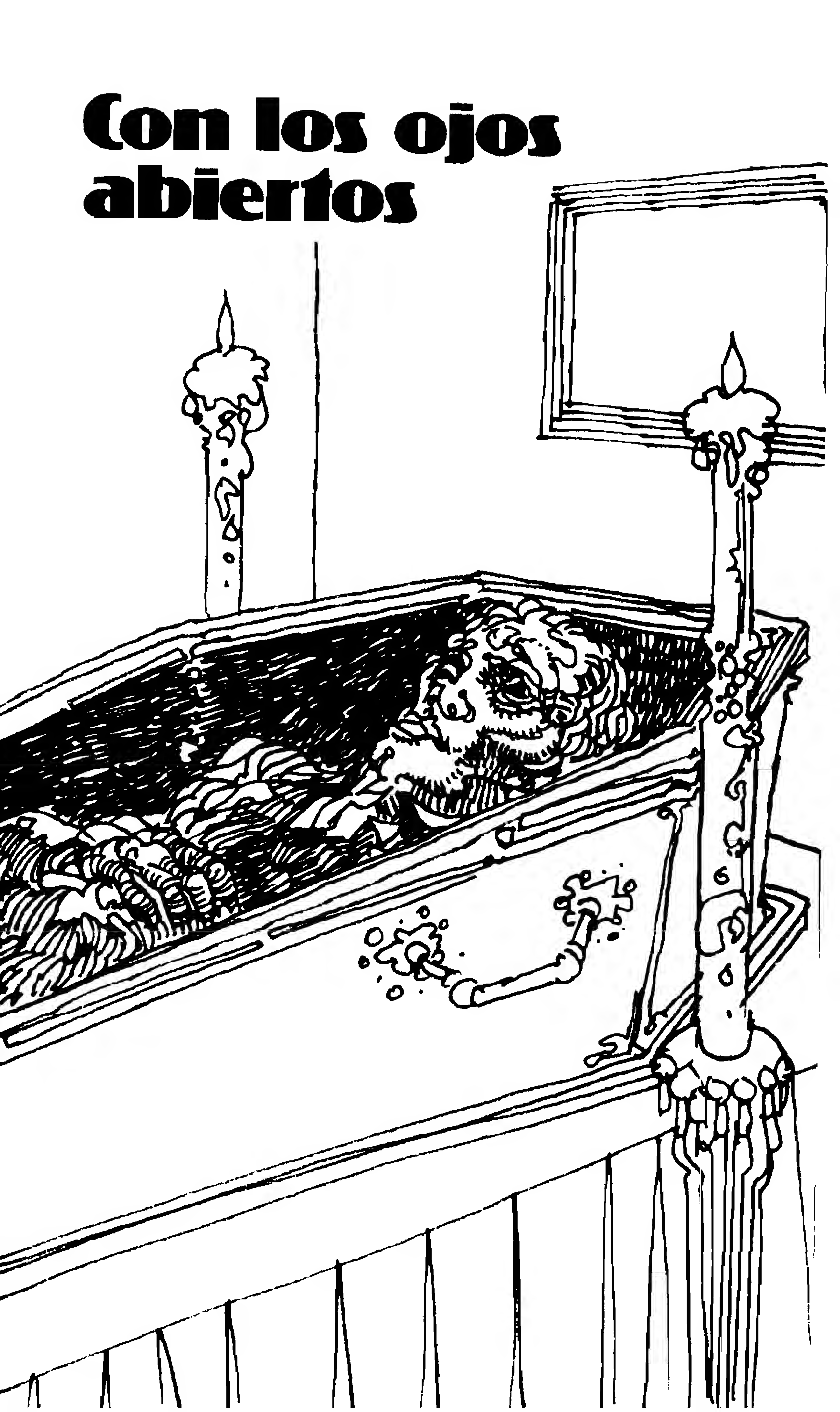
Al entrar en la oficina saludó a sus compañeros y sentándose en su mesa comenzó a ocuparse de los expedientes sin volver a pensar en otra cosa. Aunque lo intentó no pudo recordar algo que tenía que hacer una vez terminada la jornada laboral.

Y cuando vistiendo ya la bata blanca solicitaba entre los viandantes, como cada tarde, una aportación al banco de sangre, tuvo la sensación de que acaso había olvidado verse con alguien. Y desde entonces, cada vez que se dirigía a una muchacha rogando su colaboración en tan generosa empresa, su rostro le recordaba el de otra persona, pero nunca supo de quién.

«Qué más da» —reflexionaba—. «Lo importante ahora es conseguir que entren en la furgoneta cuantos más mejor. Porque ya estoy sintiendo otra vez esa sed insoportable».



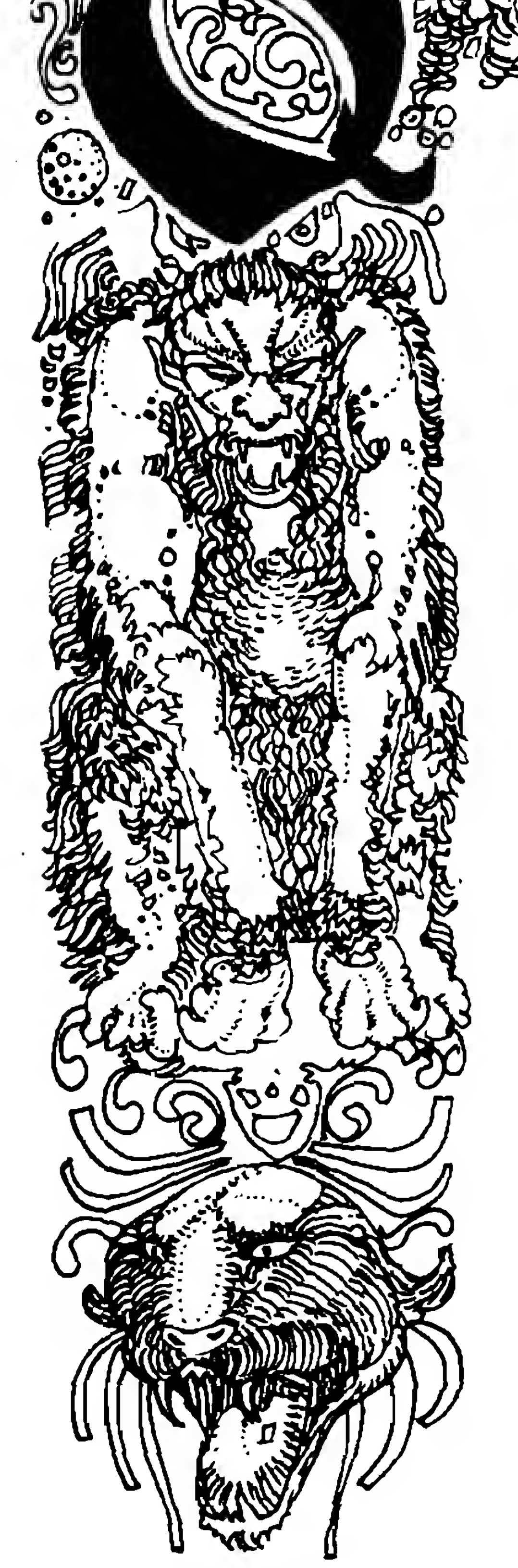
Con los ojos abiertos



Con los ojos abiertos

José Revilla

Veía claramente todos y cada uno de sus gestos. Oía sus palabras con toda nitidez... ¿Por qué, entonces se empeñaban en encerrarlo y arrojaban paletadas de tierra sobre su ataúd?



UE ocurre...? ¡Estoy de nuevo tumbado en la cama! Aún recuerdo con claridad que hace poco tiempo, muy poco, me levanté, y como cada mañana me encaminé hacia mi trabajo pesaroso y disgustado, producto de haber pasado una mala noche. Pero ahora... Estoy de nuevo en mi habitación como si aún no me hubiese levantado. ¡Qué extraño, mi mujer no está a mi lado y parece ser que no ha dormido conmigo esta noche! Todos los días por la mañana la contemplo tumbaba en el lecho, siempre profundamente dormida, no se da cuenta de que yo ya estoy en pie y sigue apacible, igual que un niño pequeño. Hoy debe encontrarse indispuesta puesto que no está a mi lado. Me levantaré y miraré por la casa. Quizás, alguno de mis dos hijos se encuentre enfermo y haya ido a atenderle.

¿Qué ocurre dentro de mí? ¡No tengo fuerzas, me resulta totalmente imposible mover un solo miembro de mi cuerpo. Es, como si me faltara la voluntad, por más que lo intento no consigo dominar mi cuerpo que se niega a obedecerme. ¡Qué extraño día! Cuantas cosas extrañas están pasando. Probablemente todo

sea producto de una cruel pesadilla que me atormenta. Debo despertar y reaccionar, quizá, si no lo hago ahora me duerma y llegue tarde al trabajo. ¡Imposible! Sigo sin poder moverme. Quiero despertar y no lo consigo. ¡Cuándo terminará esta pesadilla...! Hay mucha claridad en la habitación y las persianas están subidas, el día hace tiempo que ha nacido y yo sigo aquí, acostado. ¡Pero no puede ser! Recuerdo perfectamente que me he levantado y he sentido la suave brisa de la mañana bañar mi rostro. Es imposible que todo sea un sueño. ¡No puede ser!, puesto que la luz daña mis ojos y mi mente está totalmente despejada. ¿Pero entonces...? ¿Por qué no puedo moverme?

Alguien entra en la habitación pero no sé de quién se trata, no consigo ladear la cabeza. Oigo sus pasos, lentamente se acerca a mí, pronto veré su rostro. Intentaré moverme, pondré el máximo esfuerzo en conseguirlo.

¡Imposible, no puedo hacerlo! ¿Qué me ocurre? Quiero chillar y no lo consigo, mi boca se niega a abrirse, sólo mis ojos parecen ser fieles a mi voluntad. También puedo escuchar, pero sólo eso, ver y oír. ¿Por qué estoy así? ¿Quién ha entrado...? ¡Es mi mujer! Me mira con extrañeza. Sus ojos están inundados en lágrimas, sus cabellos alborotados, y su aspecto totalmente deprimido. ¿Por qué llora? Debe ocurrir algo a alguno de mis hijos y yo sigo imposibilitado, sin poder moverme. Me toma la mano y la acaricia con fuerza, está llorando, ahora más que en un principio. ¡Qué extraño es todo! ¡Me estoy volviendo loco! ¡Dios mío, quiero moverme y no puedo!

Alguien más entra en la habitación, puedo escuchar sus pasos. El suelo es de madera y bajo el peso de los cuerpos al atravesarlo rechina como una vieja embarcación en noche de temporal. ¿Quién se acercará ahora...? ¡Son mis hijos! Los dos me miran tristemente, ninguno de ellos parece ser el enfermo puesto que ambos están frente a mí. Sus ojos están

tristes, y por sus mejillas se descuelgan grandes lágrimas que caen rápidamente y se estrellan en el vacío. Debo ser yo la causa. Quizá sepan que estoy enfermo, debo estarlo cuando no puedo hacer un solo movimiento. No siento en mi interior ningún dolor, únicamente una terrible agonía, que me martiriza constantemente. Respiro pero me siento muerto, frío, casi un cadáver.

Mis hijos y mi mujer visten de negro, sus ropas son distintas de las de otros días. ¿Quién ha muerto? ¡Debo ser yo sin duda! Ahora lo comprendo, aunque es imposible. ¡No puede ser, los muertos no sienten! Quizá la muerte deje viva temporalmente la razón. Si es así, qué muerte más horrible nos espera a todos. Algo me dice en mi interior que no estoy muerto, siento que mi alma aún no ha abandonado mi cuerpo, es una sensación extraña, pero me muestra claramente que no puedo dejarme arrastrar hacia la sepultura.

¡Qué vida tan extraña y vacía! Tengo que resignarme a mi destino puesto que no puedo hacer otra cosa.

Nadie, cuando por fin llega el momento, acepta su destino. No creemos que tras la muerte volvamos a vivir en otro mundo mucho mejor que nos brinde cuanto hemos deseado. Cuando por fin nos disponemos a partir, dudamos, entonces, un mundo lleno de equivocaciones se abre ante nosotros y las cosas en que antes creíamos con firmeza resultan ser vanas y terriblemente complicadas. ¡Es triste tener tantas dudas en estos momentos sabiendo que antes nos sentíamos completamente seguros, pero así es. Son los últimos instantes de la vida los más largos siendo a su vez los más cortos.

¡Estoy loco, pienso que van a enterrarme, cuando únicamente padezco una pesadilla que me atormenta! ¡Tiene que ser una horrible pesadilla! Aunque quizá no lo sea, no estoy seguro de nada, me embarga una agonía tan grande, que de ser un sueño habría despertado inmediatamente, pero sigo inmovilizado por

más que me esfuerzo en hacer reaccionar los miembros de mi cuerpo.

Algunos vecinos, todos conocidos, desfilan ante mí y me miran con dulzura, otros en cambio lo hacen con temor. Varios familiares que desde hacía años no veía ahora están en mi casa y me contemplan con lágrimas en los ojos. ¡No es un sueño! ¡Quieren enterrarme y estoy vivo...! Veo que mi tía está más envejecida, las canas invaden su cabeza. Hace cinco años, cuando la vi por última vez, estaba más joven. Es imposible que ahora pueda pensar que sigo soñando. Todo es realidad, se está fraguando mi entierro puesto que veo que meten un ataúd en la habitación. ¡Yo soy la víctima!

Nadie se da cuenta de que sigo vivo, nadie parece desear que yo vuelva a caminar por las calles del pueblo y entre en la cantina a tomarme un chato de vino. Todos me odian puesto que permiten que me encierren en esa caja de madera color negro que me horroriza. ¡Mi mujer...! Ella debe saber que la estoy viendo. Mis pulmones no expulsan ni recogen aire, mis dedos están inutilizados, mis miembros posiblemente estén fríos. Unicamente mis ojos muestran seguir con vida, pero ni tan siquiera se mueven dentro de mis parpados, están inmovilizados aunque siguen viendo todo cuanto acontece ante ellos.

Debo llevar mucho tiempo aquí tumbado, pues se disponen a enterrarme. Si creyeran que acababa de morir no habrían traído tan pronto la caja. Esto lleva su tiempo puesto que tienen que transportarla desde un pueblo cercano. ¡Es horrible lo que van a hacer conmigo! Tengo que encontrar la forma de escapar de esta muerte tan incierta.

Siento que el techo se acerca a mí, me están moviendo lentamente. Van a encerrarme en el ataúd. ¡¿Pero es que no ven que mis ojos siguen abiertos a la luz...?! ¡Necio de mí! Yo mismo hace tiempo dije a mi mujer que cuando muriera no me los cerraran, alegaba que quería ver mi último paseo antes de ser

sepultado, me tomaba a risa lo que ahora es tan real como el frío que siento dentro de mí.

¡Dios mío, ayúdame! No permitas que sigan con su cruel proceso. ¡Ya estoy dentro de la caja, aunque no siento nada sé que estoy dentro! Oigo llorar muy cerca de mí, y yo, aunque lo deseo, no puedo hacerlo, ni una sola lágrima se desprende de mis párpados.

El llanto crece ahora, todos lloran y yo no puedo hacerlo. ¡Me llevan...! Noto como el techo de la habitación, este techo que tantas veces vi, va quedando atrás. Un hombre que no conozco pone su mano en mi pecho e inclina la caja hacia adelante. Mis manos se descuelgan pero están muertas, han golpeado las paredes del ataúd, dando un gran palmazo pero no he sentido nada, únicamente he percibido el golpe con mis oídos.

Me bajan lentamente, voy dejando toda mi vida, voy perdiendo el hilo que me mantiene cerca de los míos. ¡Piedad Dios mío, no se dan cuenta de lo que hacen! Nadie ve que sigo estando vivo, todos lloran por una causa que no existe. ¡Parad, parad, imbéciles, deteneos, aguardad un momento!

Estoy en la calle y sé que inevitablemente camino hacia mi sepultura. Las nubes reinan en el cielo y corre el aire, pero yo no lo siento. Me encuentro como dentro de una jaula de cristal que me libera de toda sensación. ¡Quiero salir de aquí! ¡Me estoy volviendo loco! ¡Qué muerte más horrible me espera...!

Debe ser una pesadilla, debe serlo, debe ser la pesadilla más absurda que he tenido nunca. Estoy soñando, estoy soñando, aunque no lo crea todo esto no puede ser verdad, sería demasiado cruel que sufriera dentro de mí una injusticia tan horrenda. Pero no, no estoy soñando y no puedo creer que de un momento a otro voy a despertar, la cabeza me da vueltas y siento como todo se desvanece. Me gustaría que Dios me enviara la muerte, en estos momentos se lo ruego con todas mis fuerzas. Siempre tuve mala suerte; cuando era joven, si teníamos algún problema

yo pagaba las consecuencias. Entonces, todo me parecía importante y me sentía mal conmigo mismo, pero es ahora cuando comprendo que nada anteriormente resultaba tan duro como lo que me ocurre en estos instantes.

¡Debo salir de aquí, aún tengo tiempo! Conozco perfectamente el camino del cementerio, y sé que son casi cinco minutos los que se tardan en llegar allí. ¡Pero andan muy deprisa! ¡Más rápidamente que nunca! ¿Tantas ganas tienen de enterrarme...? Una vez transporté yo mismo sobre mis hombros el cadáver de un hombre que en su tiempo fue gran amigo mío, pero lo hice más lentamente, no tenía tanta prisa. ¿Por qué corren tanto? ¡No corráis...! ¡No corráis...!

El cielo se oscurece y barrunta lluvia. Dios quiera que no comience a llover ahora, sería mi muerte, cerrarían el ataúd y no sabrían jamás que estoy vivo. ¡Tengo que hacérselo saber! ¿Pero cómo...? ¡No puedo moverme aunque me esfuerzo inútilmente en conseguirlo!

He oído en algunas ocasiones hablar sobre una enfermedad llamada catalepsia, pero es imposible que yo la sufra, nunca he estado enfermo y no creo que se presente así, sin avisar, sería demasiado horrible tener que hacerme a la idea de que ciertamente van a enterrarme vivo. ¡No...! Debo salir de aquí cuanto antes. Todos siguen caminando y cada vez lo hacen más aprisa, el tiempo se acaba y yo sigo prisionero aquí dentro. Nunca he temido a la muerte pero esto es algo distinto, inhumano, horrible, no es cristiano, no es justo. ¡No quiero morir así...! ¡Dios mío, ayúdame! No permitas que sigan andando, alguien debe darse cuenta de que es una terrible equivocación.

Ya veo los cipreses a lo largo del camino, desde el primero al último de la fila no hay más de cincuenta metros. ¡Qué poco camino queda ya...! ¡Tengo que moverme! No debo perder la tranquilidad, aún queda tiempo, tengo que pensar la forma en que he de actuar, necesito ser inteligente. ¡Tengo que en-

contrar el medio para poder salir de aquí! ¡No existe, no existe! He intentado todo inútilmente, estoy atrapado. Sigo vivo aunque sé que mi cuerpo está muerto. Oigo rechinar las hojas de la puerta de entrada del cementerio, siempre rechinan al abrirse. ¡Quedan a mis lados...! ¡Las dejo atrás...! ¡Ya no las veo! ¡Qué lejos están...!

Me dejan en el suelo, noto mi cabeza moverse. Ahora los puedo ver a todos, me miran atontados, pero no hacen nada por impedir esta atrocidad. Debo gritar, debo hacerlo, o tan siquiera mover los ojos, pero no puedo. Todos lloran, oigo sus gemidos cerca de mí.

Mi hijo menor me ha agarrado la mano, ahora quizá se dé cuenta de que sigo estando vivo. Llora mucho pero ni tan siquiera me ha mirado. ¡Mírame, hijo, mírame...! Sólo ha besado mi mano y después se ha retirado. ¡Juan! Tú siempre fuiste más listo que él, quizá, por ser el mayor. ¡No me beses nada más, mírame fíjamente y obsérvame...! ¡No lo hace, llora pero no me mira! ¿Por qué...? ¡Salvadme alguno, no todos podéis permitir que me entierren así...!

¡Ha comenzado a llover! Las primeras gotas caen sobre mí. Todos miran al cielo, eso les importa más que yo. Antes, cuando llovía a nadie le importaba, pero ahora, ahora todos parecen desear que me den tierra cuanto antes. ¡Llorad, llorad, llorad, falsos, que únicamente deseáis que yo muera, lo habéis deseado siempre. ¿Por qué no me sacáis de aquí...? ¡Aún queda tiempo, no lo perdáis, no lo perdáis...!

Mi mujer está a mi lado y me mira, ahora me abraza y apoya la cabeza en mi pecho. Llora con desconsuelo y dice palabras que siempre se dicen a los que han muerto, pero yo no lo estoy, aún sigo vivo y quiero volver a caminar, a reír, a jugar en la cantina, a estar con mis hijos, y a trabajar...

Quiero seguir viviendo y siento que estoy en los últimos momentos de mi vida.

Han tomado a mi mujer por los costados y la separan de mí, ella mantiene su mano fuertemente aga-

rrada a la mía, pero de un momento a otro la va a soltar y no quiero que lo haga. ¡María... No sueltes mi mano! ¡Sujétala fuerte, por favor, no permitas que te separen de mí, no quiero quedarme solo aquí, quédate junto a mí, no me sueltes, por por caridad!

¡No, no quiero que cierren mis ojos, no me enterréis tan pronto! Quiero seguir viviendo y sólo mi vista me queda. Un hombre que no conozco ha puesto su mano sobre mi cara.

Ya no veo nada, todo está oscuro, triste, sólo me queda el oído, sigo escuchando los gemidos de mi esposa y el rechinar del agua sobre la tierra. He escuchado un golpe, es la tapadera, la han puesto ya. Clavan algo, oigo los golpes machacar dentro de mi cabeza. Aún tengo tiempo, quedan unos instantes, es mi último momento y no puedo desaprovecharlo. ¡Gritaré...! ¡Gritaré...! ¡No puedo! ¡No puedo hacerlo! ¡Estoy perdido!

Me están bajando, noto el rozar de las cuerdas en la caja, todo es realidad, mi muerte es cierta. ¡Van a enterrarme vivo...! Lo van a hacer sin ningún escrúpulo. Ellos se quedan arriba y siguen respirando, quizá lloren, pero pueden hacerlo. A mí me gustaría llorar también, pero es inútil... ¡Quiero llorar...!

Se han detenido, he notado un golpe seco tras de mí. Estoy en el fondo. Todo está oscuro y silencioso, totalmente muerto. ¡Estoy muerto, muerto, muerto! ¡Sacadme... No me dejéis aquí! Es inútil, siento que todo se desvanece y no puedo hacer nada por evitarlo. Han comenzado a echar la tierra, ya falta poco para que muera. Mi vida ha estado siempre dirigida por el símbolo de la mala suerte, ahora debo resignarme y morir en paz con Dios. ¡Pero es tan difícil...! Siento la muerte tan cerca de mí que me horroriza el pensarlo.

Las paladas de tierra caen sobre la caja y retumban en mi cerebro con brusquedad. Pronto no escucharé nada, solo el silencio, total silencio. ¿Qué haré entonces...? ¿Esperaré y moriré lentamente? Quizás, en un momento determinado pueda volver a moverme,

pero ni aún así podré liberarme de mi destino. El trayecto hasta aquí ha sido largo, muy largo, pero ahora pienso que aún no ha llegado. Tengo comprada una sepultura perpetua y yo he sido el primero en ser enterrado, posiblemente, echarán sobre mí más de un metro cúbico de tierra, aún en el supuesto de que volviera a moverme ya nada podría hacer para salir de aquí. ¡Qué tristeza morir así...!

Cada vez oigo más vagamente la tierra caer sobre mi ataúd. Ya debe estar cubierto por completo, pronto reinará el silencio y todo quedará triste, únicamente yo seré testigo de mi propia muerte. ¡Qué tirste es morir así...!

De pequeño sufría claustrofobia, y ahora, aunque no respiro ni puedo ver lo cerca que tengo el techo de mi cabeza, siento la necesidad de respirar aunque sé que no necesito hacerlo.

Mi resignación muere al tiempo que mi cuerpo y mi mente comienza a sentir que desfallece.Ahora es cuando comprendo lo dura que debe ser la locura. Estar loco no es otra cosa que sentir la necesidad irresistible de liberarse de algo, no importa qué. Yo necesite liberarme de esta caja y la tierra que la cubre.

Ya no oigo nada, todo está en silencio. Quizá se hayan ido todos, o aún permanezcan mirando las últimas paladas de tierra que el sepulturero echó. Ignoran que yo sigo estando vivo, ignoran que únicamente tendrían que volver a destaparme para tenerme junto a ellos. Aunque nunca más pudiera moverme ellos sabrían que seguía estando a su lado. He perdido mi última esperanza de resucitar a la vida, ahora definitivamente sé que voy a morir. ¡Voy a morir! ¡Voy a morir...!

Ignoro si todos cuantos mueren ven su entierro como yo lo he visto. A Dios le pido que no sea así, no deseo que nadie pase lo que yo estoy pasando antes de morir definitivamente.

Si todos seguimos viviendo cuando los demás nos creen muertos, entonces, quizá, si en un momento

determinado volvemos a recobrar la sensibilidad nos convirtamos en necrófagos. ¡Qué horrible sería entonces seguir viviendo así!

Ya mi mente no responde, no puedo contenerme más, trato de resignarme a mi destino y aunque no puedo ni gritar ni moverme, voy a morir pensando y pensando a grandes gritos que quiero salir de aquí. ¡No lo soporto, no aguanto más. ¡Debo salir...! ¡Debo salir...! ¡Debo salír...! ¡Piedad Dios mío, no quiero morir así...!





La cena



La cena

José Luis Velasco

Tomates a la holandesa, espárragos con salsa muselina, bistec a la borgoñona, un buen vino del Penedés... Sin duda, un excelente menú con el que agasajar al hombre que te roba la esposa aprovechándose de tu hospitalidad.



SOY profesor en un instituto próximo a esta ciudad. Quizás advertir de mi profesión no sea un dato significativo para la comprensión de los hechos desgraciados que quiero anotar para que quede constancia de ellos ante mis conocidos compañeros o cualquier otra persona que, confundida por los acontecimientos ocurridos la última semana, me juzgue de manera equivocada. Sin embargo, tampoco considero inútil este dato.

Todo empezó el día 13 de octubre del año pasado, precisamente un martes lluvioso y tibio, como habían sido los días anteriores desde hacía ya casi dos semanas. Sobre el país se estabilizó una de esas largas borrascas de otoño que proporcionan una agradable temporada de lluvias, particularmente tranquilizantes para mí después de muchos meses de sol y luz centelleante a todas horas.

Tenía la jornada libre y había salido a comprarme unos libros que necesitaba para las clases, en una de esas mañanas lluviosas del todo apetecibles, cuando con tu impermeable y bajo tu paraguas puedes gozar de una ciudad grande que no cesa en su tumultuosa actividad aunque los fenómenos atmosféricos se aba-

tan sobre ella: las largas calles empinadas se prolongaban charoladas hasta la lejanía, y los automóviles, los autobuses y las fachadas, se veían mojados y brillantes, con los colores limpios, y el cielo gris tomaba claridades esperanzadoras en el horizonte, sobre los barrios extremos.

Compré los libros en una librería próxima a Bilbao, y, de paso me llevé un fanzine nuevo para mi colección y el primer número de una buena edición española de la serie Mandrake que acababa de salir. Soy coleccionista de este tipo de publicaciones y no omito adquirir ninguna novedad de interés que encuentre en cualquier sitio. Al pasar frente al mercado de nuestro barrio, compré también unas mimosas a una muchacha que se resguardaba de la lluvia bajo el quicio de la entrada principal. Es la flor que más le gusta a Julia y no resulta corriente encontrarla.

Cuando llegué a nuestra casa, al ir a meter la llave en la cerradura de la puerta, me sorprendió oír una voz masculina extraña en el interior del piso. No experimenté ninguna sensación particular intensa, tan sólo cierto estado interrogativo sobre la identidad de un visitante desconocido que se presentaba a unas horas improcedentes. Tal vez un vendedor de algo, un familiar lejano que hacía una visita imprevista o incluso un amigo cuya voz no había reconocido.

Encontré a Julia sentada en el sofá del salón frente a un tipo de unos treinta años que no había visto nunca. El, acomodado en un sillón, estaba fumando, y observé en seguida que había derramado parte de la ceniza de su cigarrillo en el suelo. Dije «hola» un tanto contrariado por aquel episodio de la ceniza, pero mi mal humor se hizo aún mayor al fijarme en los ligeros rastros de barro que el visitante desconocido había dejado en el parquet recién encerado al entrar en el piso, sin duda como consecuencia de no haber procedido a una limpieza concienzuda de los zapatos en el felpudo de la puerta. Julia iba a hablar, tal vez a presentarme al intruso, pero le dije «un momento» y, haciendo muy ostensible mi gesto, co-

loqué un cenicero grande frente al hombre desconocido, sobre la mesita de centro, y luego me fui a buscar una bayeta en la cocina para limpiar el suelo.

—Perdonadme —dije mientras ejecutaba mi faena con meticulosidad—, pero si se deja esto así luego se ensucia toda la casa...

—¿No os conocéis, verdad? —dijo Julia cuando terminé.

Los dos nos miramos intentando reconocernos, y, casi a la vez, contestamos que no.

—Bueno, le conozco de vista —rectificó el visitante.

Yo me fijé en él otra vez, observando atentamente su fisonomía, y caí entonces en la cuenta de que se trataba de un individuo al que había visto subir a veces en el ascensor durante los últimos meses.

—¡Ah, sí! —dije yo—. Usted vive en esta casa desde hace poco tiempo... Por lo menos le he visto en el ascensor.

—Así es. Vivo en el sexto... Estoy aquí desde agosto.

Era un tipo alto y delgado, de mirada dulce, pero penetrante, peinado al estilo gitano; es decir, cabello oscuro y brillante con raya que acababa por detrás en una discreta melena particularmente rizada. En la mano derecha llevaba un grueso anillo dorado, y su aspecto, en resumen, resultaba especialmente ambiguo: por un lado parecía un individuo bastante achulado y bastante cínico, pero su mirada tierna y un modo de hablar y comportarse inteligente y educado, indicaban, probablemente, una rara especie de joven cultivado.

—Bueno, resulta que es un coleccionista de fanzines, como tú —dijo Julia—. Esta mañana, cuando venía del mercado, traía en la mano el último número de Ziborg; lo he visto en el kiosco de abajo y te lo he comprado... Nos hemos encontrado en el portal, junto al ascensor, y, mientras subíamos, al ver la revista, me ha dicho que si yo estaba interesada por estas cosas...

—¡Ah! —dije yo.

—Le he contestado que el coleccionista eras tú...

—Discúlpeme —intervino el vecino—, pero le he pedido a su esposa que si podía ver su colección...

Bueno, el tipo ya me caía mejor, aunque su petición de subir a mi piso estando yo ausente, me parecía del todo indiscreta.

—La verdad es que lo que yo tengo apenas vale nada comparado con su colección —siguió—. Usted tiene cosas buenas de verdad, ejemplares raros que yo no conocía.

—Pasa, pasa... —le dije entonces tuteándole ya, entre otras cosas porque es lo que se usa hoy en día, y también porque soy bastante mayor que él. Al entrar en el cuarto donde tengo mis colecciones, una ráfaga de ira me nubló el entendimiento tan sólo durante unas fracciones de segundo; luego logré disimular mi enojo, no sin antes dirigirme a Julia con un tono contenido de reconvención.

—Has descolocado los cuadernos de Brick Bradford...

—No, no; están ordenados. He tenido mucho cuidado de dejarlos como los encontré.

—No se hallan exactamente situados al borde de la estantería...

—¡Es un fanático del orden...! —dijo entonces Julia dirigiéndose a Enrique (así se llamaba el vecino) con una sonrisa airosa que le quitaba importancia al suceso, pronunciando esa frase, «es un fanático del orden», con un tono que, siendo franco e intrascendente, propio de algo dicho en broma, delataba, sin embargo, cierto juicio adverso hacia mi carácter o mis costumbres. Una declaración que contenía un matiz velado de confesión sobre mi intimidad, dicha a Enrique como una confidencia que, si por una parte me desprestigiaba a mí, por otro lado parecía incluir alguna forma de complicidad con él, cuyo aspecto retrataba a esa clase de personas que se burlan de la gente preocupada porque los ceniceros siempre ocu-

pen el mismo lugar en una casa y no se vierta al suelo la ceniza de los cigarrillos.

En resumen, Enrique y yo estuvimos una hora absorbidos por un tema que nos apasionaba a ambos y del que sin duda tenía un conocimiento estimable, no exactamente erudito, pero suficiente para que su conversación ofreciese un interés poco común. No recuerdo de quién partió la sugerencia, pero cuando Enrique se despidió de nosotros, habíamos formalizado una invitación para que subiese a cenar el sábado inmediato.

La lluvia continuó no sé cuánto tiempo más, de forma que incluso empezó a molestarme a mí, amante de las estaciones con alta pluviometría y del ambiente de las ciudades húmedas. Pero aquel otoño, sobre todo, quedó traspasado por la estimulante aparición de Enrique, y con el tiempo, unas relaciones que al comienzo debían tener a los fanzines de por medio forzosamente, evolucionaron hacia otra cosa. Enrique se convirtió en el amigo de la vecindad, el tipo que, tras unos primeros meses de discritas visitas esporádicas con motivos concretos, después acaba subiendo y bajando durante todo el día a tu piso argumentando pretextos triviales o, sencillamente, se presenta en casa para charlar un rato cuando se encuentra solo o está aburrido: usa tu teléfono, se lleva tus libros para leer por la noche y se autoinvita a comer quizá con excesiva alegría.

Subía muchas noches después de cenar; Julia preparaba alguna infusión, servía unas copitas de mistela o anís y manteníamos animados encuentros (que para mí, lo confieso, estaban llenos de novedades) provistos de un carácter muy distinto al que tenían las reuniones con compañeros del instituto. Enrique era un hombre cegadoramente lúcido y algo loco. Su vida transcurría en medio de un considerable desorden y ajena a cualquier clase de previsiones con vistas al futuro, y sus conceptos sobre las cosas, insólitos y penetrantes, su humor incisivo y su gesticulación particular y sugestiva, le permitían ocupar de inmediato

el centro de cualquier reunión. No tenía límites para las veladas: se hubiera quedado charlando y bebiendo hasta el amanecer, si no fuera porque yo hacía muy evidente mi deseo de irme a la cama apenas llegaban las 12,30, alegando —y era cierto— que debía levantarme temprano. Julia, divertida con Enrique, se quedaba algunas noches un rato más hablando con él cuando yo me iba a acostar, decisión que, hasta cierto punto, me contrariaba, ya que entendía que aquello resultaba una deferencia demasiado especial por parte de una mujer casada hacia un hombre que, al fin y al cabo, era un extraño.

* * *

El terrible desastre a que quiero aludir en estas notas, se produjo exactamente un año después, justamente otro 13 de octubre lluvioso, cuando todos éramos algo más viejos y yo tenía una confianza ciega en Julia.

Los hechos, azarosos y providenciales, se desencadenaron por casualidad. Como todos los lunes, miércones y viernes, había salido a las siete y media de casa, en la calle del Desengaño, para dirigirme al instituto, situado en Móstoles. Al llegar allí, una novedad imprevista —la muerte súbita del director aquella noche—, transformó la jornada en un día de vacaciones. Entonces regresé a Madrid y opté por ejercer mi afición favorita en una mañana laboral de asueto: ver librerías. Cogí un autobús bajo la lluvia y me dirigí hacia Vallecas, donde, en una callecita próxima al bulevar habían abierto hacía poco una pequeña librería especializada, cuyo dueño, según mis informes, era un auténtico conocedor del comic y del fanzine; tenía noticias de que entre sus existencias había cosas realmente especiales. ¡Jamás llegué a este establecimiento!

Yendo de camino hacia esa tienda, cuando marchaba feliz bajo el paraguas gozando del húmedo frescor de la lluviosa mañana vallecana, cuyas calles estaban llenas de gentes presurosas con ese aspecto

particular de los habitantes del distrito, entre barriobajero y progresista, al atravesar una calle estrecha próxima ya a mi objetivo, pasé frente a las cristaleras esmeriladas de un pub de aspecto vulgar. El cristal era opaco, pero las letras del rótulo del establecimiento, situadas en él, dejaban huecos transparentes por los que se veía el interior. Fue una visión fugaz y terrible, aniquiladora, pero precisa. Como en un sueño, los vi a él y a ella, a Julia y a Enrique, besándose con ternura en un rincón de penumbra del local. Llovía mucho en aquel momento. Seguí caminando unos diez pasos hasta la próxima esquina y la doblé. Avancé aún veinte o treinta metros más y me detuve en seco. Allí, clavado en la acera permanecí mucho tiempo, petrificado. Mirando al frente sin ver nada; advirtiendo, sí, las imágenes de transeúntes, impermeables de colores, autobuses azules, la puerta de un mercado, la fachada de una farmacia, la gente corriendo con las solapas subidas para refugiarse debajo de las marquesinas, el agua salpicando sobre el asfalto; como una película gris y muda que pasase frente a mis ojos sin sentido alguno, formas que se movían y tan sólo eran sensaciones aisladas, porque en mi cerebro, anegado por una especie de ardor turbulento, me hería con fijeza la escena entrevista al pasar frente al pub y unas intensas náuseas me subían desde el estómago.

¿Y si me hubiese equivocado al ser la visión tan fugaz? Pero, ¿quién confundiría la cinta malva sujetando el pelo recogido de Julia, su vestido pakistaní de tonos anaranjados, la curva particularmente airosa de su espalda, la mano insidiosa de él, con su grueso anillo dorado, acariciándole el cuello?

Soy un hombre que tiene un defecto humillante: la cólera me ciega cuando se ataca mi honor, con esa furia que te induce a machacar, a aniquilar sin misericordia a fin de lavar la afrenta. Casi nadie lo advierte: mi aspecto pulcro, mi tono de voz moderado y la ponderación de mis modales, ocultan a la gente superficial esta faceta dominante de mi carácter. Quería

cerciorarme hasta la saciedad de que eran culpables. Decidí dejarlos aún libres, sin intervenir, a fin de que se manchasen de lodo hasta la ignominia, espiarlos en detalle para mostrarles después todas sus culpas, la magnitud de su traición y de su infamia.

Enrique siguió subiendo a casa y yo le traté, si cabe, con mayor amabilidad. Las miradas que se cruzaban él y Julia, que antes, ¡necio de mí!, yo interpretaba como simples gestos amistosos de un hombre educado y una mujer interesada y divertida por la conversación de un joven inteligente, estaban ahora cargadas de un odioso significado de entendimiento: miradas que delataban la existencia de encuentros, paseos y adulterios que tan sólo ellos conocían, secretas villanías que alcanzaban toda su infamia mientras yo explicaba, a cuarenta adolescentes aburridos en un aula de Móstoles, la Guerra de los Treinta Años.

Pedí un permiso de noventa días en el instituto alengado graves motivos privados y, durante dos meses, les espié con saña, con orden y precisión, las tres pasiones que han presidido los actos de toda mi vida. Con el asesoramiento inocente de un ingeniero electrónico amigo, instalé micrófonos en la casa de Enrique y en la mía, en los dormitorios concretamente.

Lo tengo anotado: el jueves, 18 de octubre, ella bajó a su piso y permaneció tres horas allí. Hicieron el amor, y Julia entre repugnantes jadeos entrecortados, pronunció las palabras indeseables que casi me hicieron caer desmayado: «Ohhhhh, te quiero, Enrique, Enrique; te quiero, te quiero, te quiero...»

Se amaron a diario entre el 21 de octubre y el 2 de noviembre, cuando cesó la lluvia y llegó el frío. Una conversación del 5 de noviembre en el dormitorio de mi casa, me puso los pelos de punta. La transcribo:

Enrique: Pero, ¿tú le quieres?

Julia: No, creo que no...

Enrique: ¿No le quieres nada? ¿No te gusta? ¿No te agrada en la cama?

Julia: No sabe... En la cama no sabe.

Enrique: ¿Cuántos años tiene ahora?

Julia: Cuarenta y ocho, creo.

Enrique: Te lleva quince años.

Julia: Bueno, eso no importa mucho; es que no habla... Se pasa el día dando pequeños toques a las cosas para colocarlas en su posición exacta... Ordenando los comics... No habla nada. En la cama tampoco habla; es demasiado rápido.

El día 16 de noviembre volvió la lluvia. Estuvieron comiendo en un restaurante chino de Andrés Mellado y luego se fueron a un pub de Donoso Cortés. Salieron eufóricos, besándose por la calle bajo el paraguas amarillo de Julia, yo creo que algo ebrios. La tarde del 25 entraron en un hotel cercano a Tribunal y salieron dos horas después. La noche del 30 de noviembre, cuando yo le dije a Julia que tendría que quedarme a dormir en Móstoles a causa de una evaluación que se prolongaría hasta la madrugada, bebieron hasta reventar en un bar holandés de la avenida del Mediterráneo y salieron borrachos. Corrieron alocados por la cuesta de la avenida, y Enrique, con su larga bufanda liada al cuello, como lanzando una exclamación exultante a la noche helada, gritó con todas sus fuerzas: «¡¡Te quiero, Julia!! ¡¡Te quierooooo!!». Y lo más detestable: ella, que se había quedado algo retrasada, corrió entonces hacia él y, de un salto imprevisto, se montó sobre su cintura, con las pieras abiertas rodeándole el cuerpo y cogida a su cuello. En esta posición se besaron interminablemente, ajenos a los transeúntes aislados de la madrugada, que les miraban violentos; fundidos en un abrazo execrable. Luego corrieron llenos de alegría y de furia, cogidos de la mano o sueltos, persiguiéndose, besándose por los rincones oscuros, riendo a carcajadas que resonaban en las fachadas siniestras de la noche.

* * *

Mi plan está hecho. Ha llegado mi hora. El momento de hablar con él a solas, de pedirle unas explicaciones exactas y humillantes, de obligarle a confe-

sar su crimen como a un perro, para después, acorralado, exigirle reparaciones y ejecutar mi venganza. Ella se irá al norte unos días, con su madre, y yo le invitaré a cenar una noche, como tantas otras, sin que sospeche absolutamente nada.

Llamé a su puerta un mediodía y él apareció con el pelo alborotado, como si acabara de lenvantarse.

—Hola, ¿qué hay? —me dijo.

—¿Estabas durmiendo?

—Sí, sí... ¿Qué hora es?

—Las dos y media.

—¡Puf! Me acosté tarde...

—Bueno, quería decirte que Julia se ha ido unos días con su madre.

—¿Ah, sí? No me había dicho nada...

—Sí, fue una decisión imprevista... Bien, ¿quieres subir a cenar mañana? Te voy a demostrar como cocino... Quiero hacer un extraordinario.

—Bueno, de acuerdo.

—Sube a las diez.

Me esmeré en el menú. Durante la tarde del viernes estuve revisando la colección de recetas que, durante varios años, Julia había ido separando de los *Elle* que se compraba regularmente, y me decidí, finalmente, por una cena complicada: tomates a la holandesa y espárragos con salsa muselina de primero; después, bistec a la borgoñona. Para beber elegí lo mejor que encontré de blanco y tinto del Penedés.

El sábado llegó puntual a las diez, cuando ya había puesto la mesa con esmero: saqué la mantelería blanca de hilo, la vajilla de las ocasiones especiales y las copas de fino cristal mallorquín. Incluso coloqué dos velas, una frente a cada servicio, y esparcí unos claveles sobre el mantel.

—¡Caramba! Pero, ¿qué ocurre? Parece que estamos en una cena de gala —dijo al entrar.

—Lo estamos. En realidad, celebramos nuestro encuentro, nuestra amistad, que ya ha cumplido un año. Sin mujeres.

—Bueno sin *tu* mujer, querrás decir. Yo estoy libre...

—Quizá demasiado, ¡je, je, je! Bueno, siéntate. Todo está ya listo. Voy a servir el primer plato.

—¿Te ayudo?

—No, no. Prohibido entrar en la cocina o moverte para nada. Eres el invitado.

Elogió los tomates a la holandesa y los espárragos con salsa muselina, así como el excelente vino blanco del Penedés, del que se sirvió dos copas. La soledad del piso, que parecía vacío sin Julia, la ceremonia de la cena, y quizás una extraña mirada por mi parte, tal vez un brillo de mis pupilas desconocido para él o una expresión distinta, le hacían, según advertí en seguida, sentirse cohibido: comía con una corrección excesiva, hablando, probablemente, con mayo comedimiento que cuando estaba ella. Había reservado el inicio de mi ataque para cuando estuviese sobre la mesa el espectacular plato de carne.

—¡Increíble! —dijo mientras lo servía—. Realmente, ¿hiciste tú solo todo esto? Da la impresión de que es obra de un profesional... ¡Estupendo! —aplaudió en broma.

—Bueno, yo antes cocinaba mucho... Es sencillo. Se trata de seguir la receta, utilizar buenas materias primas y, lo esencial, conseguir el punto de cocción adecuado para obtener la densidad justa de la salsa...

—Me tienes que enseñar algo de esto.

—No, no creo que yo te pueda enseñar ya nada a partir de hoy —dije en tono súbitamente severo, que le obligó a mirarme a los ojos para detectar más claramente lo que yo había querido decir. Luego hizo un gesto en broma que, más o menos, significaba «está bien, resignación».

—Te hablo absolutamente en serio —insistí.

—No te entiendo...

—Sí, entiéndeme. Esta es la última vez que pasas a esta casa.

Me miró de nuevo a los ojos y palideció ligera-

mente. Creí apreciar un ligero temblor en sus manos. No respondió.

—Explícamelo mejor, porque...

—Nos conocemos hace un año —interrumpí—; te he permitido entrar en mi casa con toda la confianza, con la máxima confianza que se puede depositar en una persona... A todas horas, estando yo fuera... Dejándote solo con Julia...

Ahora su palidez se hizo más intensa. Había comprendido. Maquinalmente, bebió un sorbo de vino; se llevó un trozo de bistec a la boca.

—Bien, es normal... A las casas de los amigos se puede pasar... —dijo con voz titubeante.

—Pero los amigos no hacen lo que tú has hecho.

—¿Qué he hecho? No te comprendo.

—¡Mientes! Me has comprendido ya desde hace un rato o eres un imbécil... ¡Dilo tú! ¡Di tú lo que has hecho! —grité de pronto abrasado por la cólera, conminante.

—No tengo nada que decir.

La ira comenzó a cegarme. Seguramente enrojecí y se me inyectaron los ojos en sangre.

—¡Tú y Julia! ¿Qué habéis hecho tú y Julia desde hace no sé cuánto tiempo? ¿Qué habéis hecho cada vez que yo salía, cuando os dejaba solos con la buena fe de quien cree en sus amigos? ¡¡¿Qué habéis hecho?!! Tengo pruebas, tengo cintas, no puedes negarlo, canalla...

Entonces, la expresión de Enrique cambió de pronto. Su rostro, de mirada habitualmente cariñosa, sufrió una transformación imprevista: se tornó inexorablemente severo y duro, desafiante.

—No permito que nadie me hable así —dijo arrastrando las sílabas con lentitud—. Nadie. Es cierto lo de Julia. Pero es asunto nuestro, no tuyo. Estás al margen.

—¿Qué no es asunto mío? —respondí enloquecido—. ¡Ja, ja, ja! ¿Que no es asunto mío? ¿Que entres como un ladrón en mi casa para robarme a mi mujer no es asunto mío?

—Es la vida de ella, que no te pertenece. Y ahora, excúsame.

Se puso en pie dispuesto a marcharse de inmediato. ¡De acusado se había transformado en acusador! Me incorporé ciego de rabia, me abalancé sobre él y le agarré de un brazo. Apreté furiosamente mientras le decía con todas mis fuerzas:

—¡Come! ¡¡Termínate la carne!! ¡Termínala!

—¡Aparta! Sí, es cierto, nunca pasaré más a esta casa —dijo deshaciéndose de mí con un movimiento brusco, mientras se dirigía hacia la puerta. Desesperado, le atrapé de nuevo cogiéndole por los faldones de la chaqueta.

—¡Come! ¡¡Cómete esa carne!! ¡La preparé para ti! ¿Qué te ha parecido? ¿Eh? ¿Te gustó su sabor? ¿Estaba bien el punto?

—¡Suéltame de una vez! ¡No, no me gustó! Lo siento, es aborrecible.

—¡¿Aborrecible?! —grité—. ¿*A ti* te parece aborrecible esa carne? ¿Aborrecible la carne que tanto has deseado, que has manchado y envilecido con tus sucias caricias? ¡¡¿Aborrecible esa carne?!!

Descontrolado, le cogí por el cuello intentando meterle la cabeza en el plato... Pero era más fuerte que yo; de un empujón violento me desplazó varios metros haciéndome caer al suelo. Le vi pálido y tembloroso; había perdido el control de sus actos, de su voz.

—¿Qué dices, loco? ¿Qué dices? —preguntó con el rostro ensombrecido por una sospecha atroz...

—Sí, ¡¡come, cerdo, come!! ¡¡Ja, ja, ja!! —chillé histérico desde el suelo— ¡Es su carne! ¡Es la carne de Julia! No está en el norte; la maté, yo la maté y te la he servido en bandeja. Bien sencillo para ti, ¿eh? ¡Ahí la tienes, servida en vajilla especial; ahí la tienes! Julia a la borgoñona, troceada en buenos bistecs... ¡Es su carne, imbécil! ¡Su cuerpo, imbécil, imbécil, imbécil...!

Le vi retroceder articulando frases incoherentes, con los ojos desorbitados clavados en el plato, en la bandeja. Su rostró había tomado un tono ceniciento e

intentaba alejarse de allí, tambaleándose, caminando hacia atrás. A la entrada del salón cayó desplomado como un muñeco. Sí, con el cuchillo de trinchar lo apuñalé entonces sin misericordia, una y otra y otra vez, con ferocidad, enfangándome las manos en sangre, manchándome la cara, el jersey, los zapatos, el cabello; salpicando la sangre los sillones, la tulipa de pergamino de la lámpara de pie, la alfombra turca; saltando gotas escarlata incluso a las paredes, adhiriéndose al papel pintado, a los cuadros. Apuñalé con furia durante mucho tiempo, hasta que no pude más, hasta que no tuve fuerzas...



María Diolinda





María Diolinda

Pedro Montero

Recorrió obsesivamente las avenidas y callejuelas de Lisboa en busca de un sueño que él sabía realidad. Anhelaba desvelar el misterio; un misterio encarnado en una bella muchacha de hermoso nombre con ecos de fado *nostálgico...*



HALLANDOME en Lisboa con ocasión de un viaje de negocios, me encontraba sentado en compañía de un amigo portugués en la terraza de uno de los antiguos cafés situado en la parte baja de la principal avenida de la capital.

Cuando la tarde comenzó a declinar y se encendieron las primeras luces, advertí que el público presuroso que se desplazaba de una a otra oficina y las gentes que hacían sus compras en las calles del centro comercial iba dejando paso a otra clase de transeúntes que paseaban con indolencia fijando con frecuencia sus ojos en la multitud de turistas o viajeros, que como yo, disfrutaban del atardecer lisboeta.

Pronto me di cuenta de que, por las calles que descendían de los barrios altos, iba afluyendo al paseo un cierto número de mujeres que se detenían en las esquinas o vagaban lentamente por las aceras a la espera de que algún hombre se les acercara para solicitar de ellas lo que, más o menos veladamente, ofrecían.

Me hallaba en una actitud indolente observando sin poner en ello especial atención el ir y venir de las gentes, cuando caí en la cuenta de que una hermosa

morena se hallaba detenida frente a nuestra mesa y me miraba con cierto descaro burlón. Al reparar en su presencia, levantó ligeramente su rostro, y entreabriendo sus labios dijo unas palabras en portugués que no logré entender. Deseoso no obstante de escuchar de nuevo el sonido de su voz y el fluir cadencioso de aquel idioma que en su garganta adquiría matices profundos y oscurísimos, le respondí algo en mi propia lengua. Ella enarcó las cejas y sonrió levemente al tiempo que negaba ligeramente con la cabeza, indicando que no había comprendido, después pronunció una breve frase y miró a mi amigo, el cual se comunicó con ella por medio de monosílabos cuyo sentido no se me escapó a pesar de mi ignorancia de la lengua de Camoens. La muchacha volvió a mirarme y sus ojos dejaron traslucir una cierta nostalgia no sé si profesional o espontánea, luego dio media vuelta y se alejó perdiéndose entre los transeúntes.

—Bonita —comentó mi amigo sonriendo ligeramente.

—Muy hermosa —repuse dejando que mis ojos resbalaran entre la multitud—. ¿De qué han hablado?

—Se ha limitado a ofrecer sus servicios.

—¿Por qué se ha negado usted tan rápidamente? —inquirí molesto porque se había permitido decidir por mí.

—La cifra era evidentemente abusiva.

—Quizá lo valga.

—Ninguna vale tanto —repuso mi amigo haciendo una seña al camarero.

Al día siguiente, una vez que hube dado fin a las gestiones que podía realizar durante la jornada comercial, y puesto que mi amigo tenía un compromiso, salí del hotel sin rumbo fijo dispuesto a dar un paseo que seguramente finalizaría en alguna sala de juegos del casino de Estoril.

Sin que tuviera el pensamiento premeditado de recorrer aquella parte de la ciudad, el caso es que, tras vagar durante cerca de una hora por la Baixa, me encontré frente al café en el que habíamos estado la

tarde anterior. Una secreta esperanza hizo que me sentara en una de las mesas, y al hacerlo, advertí que se aceleraban ligeramente los latidos de mi corazón.

Permanecí cerca de dos horas con los ojos fijos en las callejuelas que desembocaban en el paseo, y durante aquel tiempo tuve que rechazar numerosos ofrecimientos de toda especie y alejar mediante la dispensa de unas monedas a una gran cantidad de mendigos. En cierto momento creí ver a la muchacha del día anterior del brazo de un hombre, pero cuando la pareja subió a un taxi me di cuenta de que no era la mujer por la que, sin duda, me encontraba allí esperando.

Iba ya a levantarme, cuando la vi. Se hallaba detenida en una esquina y conversaba con otra muchacha de la que se despidió a los pocos minutos. Antes de que yo tuviera tiempo de iniciar un saludo con la mano o de que ella pudiera verme, un hombre se le acercó, y tras conversar brevemente, los dos se encaminaron calle arriba tomados del brazo. En aquel momento experimenté un dolor agudísimo igual que si me clavaran una daga en el corazón, y conocedor de aquel síntoma que ya habia experimentado otras veces, aunque no de forma tan intensa, me levanté haciéndome el propósito de no volver a pasar por aquella parte de la ciudad.

Las múltiples ocupaciones que me habían llevado a Lisboa, y los escasos días de que disponía para llevarlas a cabo, hicieron que durante el fin de semana no tuviera tiempo de pensar en otra cosa que no fueran mis neogcios. Considerando que el domingo era el día más apropiado para ello, me dediqué a efectuar visitas a los domicilios particulares y a aceptar invitaciones que en días de diario me había sido imposible atender.

Cuando por la noche regresaba a mi hotel, diciéndome a mí mismo que solamene lo hacía porque aquel era el camino más lógico y más corto, atravesé la parte baja de la Avenida da Liberdade, y aunque caminaba por la acera opuesta a aquella en la que se

encontraba el café, no pude por menos de lanzar una ojeada hacia el numeroso público estacionado en sus inmediaciones, y después continué andando un poco más entristecido que antes de atravesar aquella concurrida zona.

Dos días más tarde me hallaba nuevamente sentado en la terraza del café cuando alguien se detuvo frente a mí. Alcé los ojos y la vi. Vestía un traje negro y en una de sus manos sostenía un pequeño bolso de piel. Su mano izquierda reposaba sobre su cadera, y, muy lentamente, la dejó caer y tamborileó con los dedos sobre el velador. Yo moví una de las sillas indicándole así que se sentara y ella, tras un instante de indecisión, tomó asiento a mi lado, manteniéndose erguida.

Durante unos minutos permanecimos silenciosos, y cuando el camarero se aproximó, ella pidió un café y me dijo algo que no comprendí, pero suponiendo que tenía relación con la bebida, solicité otra copa de coñac. Después nos sonreímos mutuamente sin hablar ni una palabra y la contemplé a mi antojo, mientras ella se dejaba admirar complacida. Al cabo de una media hora, y sin que mediara palabra entre nosotros, nos levantamos y ella me condujo a través de un sin fin de callejuelas hasta lo que probablemente era su domicilio. Allí tuve su cuerpo, pero todavía no comprendía que en el futuro aquello no iba a serme suficiente.

Nuestro siguiente encuentro tuvo lugar, como habitualmente, en la terraza del café. Sentados frente a frente conversamos en nuestras respectivas lenguas sin importarnos no comprender palabra de lo que el otro decía. Ella habló largamente alternando la suavidad con la dureza mientras bebía pequeños sorbos de café y yo le dije que me había enamorado de ella. Mis palabras provocaban una leve sonrisa en sus labios, y, a pesar de que no entendía el sentido de mis frases, sus ojos me dijeron que empezaba a quererme.

Cuando nos despedimos en el café, me alejé camino de mi hotel, sabiendo que iba a recomenzar un

calvario por el que me había prometido no pasar otra vez. Al desnudarme, mis ojos se detuvieron en la abultada carpeta donde guardaba los documentos y materiales de mi trabajo, y caí en la cuenta de que el día siguiente era el último que me restaba de mi estancia en Lisboa.

Cerca de las ocho de la tarde acudí al café de la Avenida da Liberdade, y cuando ella se sentó ante mí algo debió notar en mis ojos, porque su rostro se entristeció, y pasando sus manos por encima de la mesa, tomó las mías.

Hablamos durante horas, y, de vez en cuando, algún turista próximo a nuestra mesa, y conocedor de ambos idiomas, se quedaba perplejo al escuchar conversaciones tan dispares. Nosotros, no obstante, haciendo caso omiso del significado de las palabras, prestábamos tan sólo atención a la entonación y a las pausas.

Yo le dije mi nombre y el de la ciudad en que vivía, y ella me habló de algún lugar llamado Varmao. Después, apoyando una mano sobre su pecho musitó: «María Diolinda».

Muy entrada la noche hubimos de despedirnos. Yo le indiqué con la mano que al día siguiente emprendía viaje en tren, y ella seguramente me preguntó que si volvería. Yo le aseguré que sí, y, abarcando tres dedos de mi mano derecha, traté de hacerle comprender que regresaría al cabo de tres meses. Sus ojos se entristecieron y, volviendo la cabeza, miró en dirección a la callejuela que conducía al barrio alto.

Durante los tres meses que permanecí en mi país, mis sentimientos hacia aquella mujer pasaron por diferentes etapas. Apenas llegado a mi patria, la olvidé casi por completo. El reencuentro con la vida familiar y social, la atención necesaria a mi trabajo, y la confortabilidad de encontrarme entre los míos, abotargaron mis nacientes sentimientos. No obstante, al cabo de algunas semanas, una cierta nostalgia fue haciendo presa en mi ánimo, y el recuerdo del rostro de Dio-

linda iba surgiendo cada vez con más fuerza en mi alma, de tal modo que, cuando restaban ya escasos días para mi retorno a Lisboa, experimentaba una constante inquietud, y una sola idea presidía mis horas de trabajo y de asueto: volver a ver a María Diolinda.

Comprendí entonces que estaba enamorado de ella, y, a la vez que una gran alegría embargaba mi alma, experimenté un profundo temor al considerar la posibilidad de que ella me hubiera olvidado. Probablemente, lo que para mí había constituido un encuentro de características muy especiales, no había sido para ella sino algo habitual y consuetudinario. Pero, otras veces, recordaba nuestra última cita, y evocando el rostro y la sonrisa de la muchacha, sentía que la tranquilidad volvía a mi ánimo al considerar la dulzura con que sus ojos negros me habían mirado por última vez y la tristeza que los embargó cuando nos despedimos en el café de la Avenida da Liberdade.

La misma tarde en que llegué a Lisboa, desatendiendo obligaciones laborales y deberes de cortesía, me dirigí al café. A pesar de que no me sería difícil dar con el domicilio de Diolinda recorriendo las veces que fuera necesario aquel laberinto de callejuelas del barrio alto, preferí sentarme en una de las mesas y aguardar su llegada, que seguramente se produciría con la caída de la tarde. Solicité un café y, tranquilamente, paladeando de antemano el dulce sabor del reencuentro, me dediqué a observar a las gentes que iban y venían. Cuando comenzó a oscurecer y fueron encendiéndose las luces de los escaparates, dirigí mi atención hacia la callejuela por donde la había visto desaparecer la última vez. Poco a poco, comenzó el desfile habitual. Mujeres maduras o muchachas de corta edad iban descendiendo por la empinada callejuela y se perdían entre los transeúntes o se detenían en las esquinas hasta que algún hombre las requería. Más de una vez me pareció reconocer a Diolinda en la figura de alguna de aquellas mujeres, pero cuando se aproximaban a mi mesa o las iluminaba la luz de algún escaparate, me daba cuenta de que ninguna po-

seía el dulce encanto de su cuerpo ni la hiriente profundidad de su mirada.

Recordaba perfectamente al camarero que nos había atendido la última vez, el cual, ajeno por completo a mi observación, iba y venía entre las mesas ahuyentando niños mendigos o gitanas que ofrecían leer la buena ventura.

En cierto momento, una de aquellas adivinas se aproximó donde yo me encontraba, y, diciéndome algo en su lengua, hizo ademán de tomar mi mano. El camarero provocó un gesto para indicarle que me dejase en paz, pero yo sonreí complacido para expresar de aquel modo que no me molestaba lo más mínimo.

La gitana tomó mi mano, y observándola con su aguda mirada, comenzó a leer en ella mi futuro. Yo la miraba escuchando sus palabras que en absoluto comprendía, y cuando me pareció que la consulta tocaba a su fin, dejé mi mano entre las suyas y ofreciéndole un billete de cien escudos, pregunté: «¿María Diolinda?».

La gitana sonrió y repitió el nombre con una entonación que yo no era capaz de imitar. Se guardó el billete de cien escudos y volvió a escrutar las rayas de mi mano para justificar su ganancia. A los pocos instantes la sonrisa desapareció de sus labios y frunció el entrecejo aproximando más la mano a sus ojos.

«¿María Diolinda?», repitió cadenciosamente. Yo afirmé con la cabeza. No pude evitar un estremecimiento al contemplar la seriedad que adoptó su expresión. La gitana cerró con sus manos la palma de la mía y pronunció algunas palabras cuyo sentido no comprendí. Uno de los turistas que se encontraba en una mesa próxima pareció dispuesto a traducirme lo que la gitana había dicho, pero yo, al ver la expresión de la adivina, y sin saber exactamente por qué, rechacé cortésmente los servicios de mi compatriota y, levantándome, abandoné el café.

Durante gran parte de aquella noche erré por las calles del barrio alto, pero al cabo de varias horas de infructuosa búsqueda, comprendí que, a no ser por

un azar, nunca daría con la casa de María Diolinda. Todos los portales me parecían idénticos, y todas las callejuelas similares. Finalmente opté por acercarme a las mujeres que montaban guardia en las esquinas, las cuales me acogían con una sonrisa oscura. «¿María Diolinda!», preguntaba anhelante. Ellas permanecían un momento suspensas y luego pronunciaban su propio nombre tomándome del brazo, pero yo, desasiéndome, continuaba caminando hasta la siguiente esquina, donde volvía a repetir la misma pregunta.

Postergando citas y descuidando en gran medida los negocios que me habían llevado a Lisboa, montaba guardia en el café apenas oscurecía. Mis ojos escrutaban la multitud de paseantes que circulaba por las aceras, y cuando por las empinadas callejuelas comenzaba a descender las mujeres que se mezclaban entre los viandantes o permanecían expectantes en las esquinas, mi corazón aceleraba sus latidos y mi vista se agudizaba intentando vislumbrar una cabellera, una forma de andar, un cierto gesto que mi memoria recordaba bien.

Al cabo de una semana desesperaba ya de encontrar a Diolinda. Mi amigo portugués, el mismo que había sido testigo de mi primer encuentro con la muchacha, me halló un día sentado en la terraza del café, precisamente a la misma hora en que, pretextando una visita de negocios, había rehusado una invitación suya. La expresión de mi rostro debió alarmarle, porque a pesar de la evidente descortesía en que yo había incurrido, se sentó a mi lado y me preguntó si me encontraba bien.

Una vez que le hube narrado lo que me pasaba, pareció tranquilizarse un tanto, y esbozó una ligera sonrisa al tiempo que comentaba:

—Imagino que no estará usted en disposición de recibir ningún consejo.

—Sería inútil pedirme que olvide —repuse—. De sobra sabe usted que en estas situaciones las frases mejor intencionadas caen en el vacío.

—Es cierto —admitió—. Pero puesto que la mu-

chacha en cuestión no aparece, lo más lógico es pensar que (y perdone la crudeza de mis palabras) ejerce su profesión en otro barrio o que se halla temporalmente retirada. De nada serviría indagar entre sus compañeras. El nombre de María Diolinda es muy corriente, y yo no la recuerdo tan perfectamente como usted, que, por otra parte, no la describiría tal cual es, sino adornada con los atributos que el tiempo y la distancia le han conferido en su memoria.

—Puede estar seguro de que la recuerdo tal cual era —respondí—; y en aquel momento me dio un vuelco el corazón al ver a una mujer joven que se dirigía hacia nosotros.

—¿Lo ve? —declaró mi amigo cuando la muchacha pasó de largo—. Con toda seguridad esa joven no tiene nada en común con la que usted busca, y seguramente ocurriría lo mismo si Diolinda se presentara aquí en este instante.

—¿Qué quiere decir?

—Que probablemente se sentiría usted decepcionado si la muchacha en cuestión apareciera. Es casi seguro que entre la joven que vimos aquel día y el recuerdo que usted guarda de ella existe una considerable distancia.

—Seguramente piensa usted que no busco a María Diolinda, sino a una mujer ideal.

—Esa búsqueda es propia de todos los humanos —observó mi amigo—. Nos forjamos un ideal y buscamos aquello que es más parecido a él, y si no lo encontramos procuramos que la persona en cuestión vaya adaptándose al modelo que amamos. No solemos respetar la idiosincracia de nuestros semejantes, sino que forzamos su transformación hasta que adquieren el mayor parecido posible con aquel paradigma que guardamos en lo más íntimo de nuestro ser.

—Sus palabras parecen razonables, pero...

—...Pero éste no es su caso —rió mi amigo—. Veamos: si los humanos fuéramos capaces de dibujar sobre un papel con toda exactitud el modelo de

hombre o de mujer que constituye nuestro ideal, nos ahorraríamos muchas complicaciones —concluyó.

—No cuenta usted con una cosa —manifesté yo—. Y es que la felicidad quizá se halla en el tanteo y en la búsqueda, en ese dolor que produce la inseguridad de no saber si hemos encontrado o no, y para siempre, la persona que se ajusta a ese ideal del que usted habla.

—Quiere usted decir que la felicididad tiene su base en la inseguridad y en ese intolerable sufrimiento que experimentamos en la duda.

—Quiero decir —concluí— que, en esta clase de asuntos, el sufrimiento comienza cuando verdaderamente dejamos de sufrir.

—En ese caso continúe su búsqueda —dijo mi amigo levantándose—. Y aún cuando pudiera parecer una crueldad lo que voy a decirle, le deseo que no la encuentre nunca.

Dediqué la mañana del día siguiente a resolver los negocios que me habían conducido a la capital y aunque se trataba de asuntos en los que debía conducirme con extrema prudencia, no pude poner en ellos toda la atención que merecían debido a que algo, una idea que no podía precisar, rondaba mi imaginación.

De pronto, mientras el taxista que me conducía al hotel manejaba su vehículo como si nos encontráramos en una competición automovilística, un nombre acudió a mis labios, y la fuerza con que el recuerdo se hizo patente me forzó a pronunciarlo en voz alta.

—¡Varmao! —exclamé.

El conductor me miró a través del espejo retrovisor durante un segundo y después dejó de prestarme atención enfrascado en los avatares de la endiablada circulación.

Apenas llegado al hotel, consulté un detallado plano del país, y, tras buscar en el índice, descubrí que aquel nombre que había oído de labios de Diolinda correspondía a una villa situada a unos cien kilómetros de la capital. Sin perder tiempo, y olvidando por completo compromisos y citas de nego-

cios, me informé en la conserjería del hotel del modo más rápido para llegar a aquel lugar.

Bajé del tren en la estación más próxima a Varmao, y allí tuve que alquilar un vehículo que me condujera hasta el pueblo, puesto que Varmao sólo estaba comunicado con el resto del país por medio de una carretera de segundo orden y aquella que llevaba a la estación de Vilaviana dos Infantes, en la que yo había descendido.

Alquilé una habitación en la fonda del pueblo y salí a dar un paseo por los alrededores. Varmao resultó ser una villa de aspecto agradable y limpio, pero tras las fachadas cubiertas de bellos azulejos e historiados escudos de armas, se adivinaba la pobreza cosustancial a la provincia portuguesa.

Apenas puse el pie en la calle, una legión de chiquillos harapientos y descalzos me asedió en demanda de una limosna, y yo repartí generosamente entre ellos un gran número de monedas hasta que conseguí verme libre de su alborotadora presencia. Recorrí el pueblo con detenimiento, y dejando a un lado las bonitas villas pintadas de colores claros que constituían el patrimonio del núcleo acomodado, me interné por las callejuleas que conducían a la parte baja de la población.

Ignorante del idioma y sin el auxilio de una persona conocida, me preguntaba de qué medios iba a valerme para solicitar información acerca de una muchacha de la que únicamente conocía el nombre y el aspecto físico, que me veía incapacitado describir a nadie.

Como Varmao era una población muy pequeña, al cabo de poco tiempo la había recorrido enteramente, y regresando a lo que debía de ser la plaza mayor, entré en el único café existente, que tenía más bien el aspecto de una destartalada taberna. Me senté en una de las mesas, y tras no pocos esfuerzos, logré hacer comprender al dueño del local que deseaba un ligero refrigerio típico de la región y algo de beber.

Mis repetidos intentos de hacerme entender llama-

ron la atencón de un grupo de parroquianos que jugaba a las cartas, los cuales no me quitaron la vista de encima hasta que terminé de comer.

A los postres, de excelente calidad, por cierto, detuve un momento al camarero, que debía de ser también el dueño, y le dije en mi idioma que estaba buscando a una muchacha llamada María Diolinda. Como el hombre diera muestras de no haberme comprendido en absoluto, repetí mi demanda procurando pronunciar el nombre de la joven dándole la cantarina entonación que tiene en portugués. El dueño sonrió y repitió varias veces el nombre de María Diolinda para demostrar que había entendido, pero después volvió a sumirse en un silencio cazurro.

Mediante el relativo auxilio de un pequeño diccionario, le indique dificultosamente que buscaba a una muchacha de aquel nombre a la que había visto en el barrio alto de Lisboa. Algunos de los jugadores miraron hacia mí, y el fondista se encogió de hombros por lo que desistí, momentáneamente, de continuar mi indagación.

Regresé hacia la posada, que no se encontraba lejos de la taberna, cuando ya había oscurecido y se encendían las luces de las calles. En dos ocasiones me pareció que alguien me seguía, pero como al volverme no pude ver sino a alguna mujer que salía de una calle lateral portando un cántaro de agua, supuse que era víctima de un error.

Al día siguiente me desperté bastante tarde, y al salir de la fonda, una de las mujeres que me sirvió el desayuno me dijo algo que no pude entender en principio. La mujer repitió varias veces lo que parecía ser un encargo, y acompañándome hasta la puerta, me señaló en dirección a la plaza empujándome levemente por el codo.

Cuando me encaminaba hacia el centro del pueblo, divisé por encima de los tejados la torre de una iglesia que me llamó la atención, y desviándome de mi camino, me dirigí hacia allá. Sentado al sol se encontraba el párroco, que, apenas me vio, tomán-

dome por un turista de la capital, vino haci mí saludándome con jovialidad. Al ver que yo no entendía el portugués me dirigió algunas frases en español y como yo no diera muestras de comprender, me habló en lo que él creía correcto inglés, mezcla tan bárbara de idiomas, que le rogué como pude que continuara expresándose en portugués, por lo menos yo podría continuar gozando de una pronunciación genuina y de una melodiosa entonación, aunque, como es lógico, permaneciendo a oscuras respecto al significado de sus palabras.

A fin de no perder ninguna de las oportunidades que se me ofrecieran, decidí preguntar al sacerdote por la muchacha que estaba buscando, al fin y al cabo nadie más indicado que el cura de un lugar para estar al tanto del censo de sus feligreses. Si Diolinda era hija del pueblo o de alguna familia de los contornos, el sacerdote debería de saberlo.

Procurando hacer gala del mejor acento de que era capaz, pronuncié varias veces el nombre de María Diolinda, y a continuación el de Lisboa. Ante mi asombro, el rostro del sacerdote adquirió una expresión de severidad cuyo motivo no entendí al pronto, pero, a la vez, tuve la certeza de que me había entendido y de que conocía a la muchacha.

Un momento más tarde su expresión se dulcificó dejando paso a una cierta nostalgia. «María Diolinda», repitió varias veces, y afirmando con la cabeza, me señaló la puerta del templo y me hizo un gesto para que entrara.

Apenas había puesto el pie dentro de la iglesia, cuando oí que el sacerdote hablaba con alguien en el exterior. La conversacidn subió de tono, y, al cabo de unos instantes, casi se había transformado en una discusión. Poco después, el cura se hallaba de nuevo a mi lado.

El paso repentino de la claridad exterior a la sombría nave de la iglesia me impidió al pronto divisar otra cosa que no fuera la lámpara que ardía junto al sagrario. Una extraña inquietud hizo presa en mí al

suponer que podría haber alguna conexión entre la muchacha que había conocido en el café de Lisboa y aquella iglesia de pueblo.

El sacerdote, tomándome por el codo, me condujo hasta cierto lugar del templo, y abandonándome durante unos instantes, se acercó a la pared y tanteó en ella. De súbito, se hizo la luz, y me encontré frente al altar de una de las capillas laterales. Sobre el ara, presidiendo la capilla desde aquella altura, se hallaba la efigie de María Diolinda.

Cuando recobré el sentido me hallaba tendido en uno de los bancos de la iglesia. A mi lado, el sacerdote me contemplaba inmóvil sosteniendo una de mis manos. Volví el rostro hacia la capilla, que aún se encontraba iluminada, y pude ver que sobre el sencillo altar había un gran cuadro en el que estaba representada la asunción de la Virgen. Cada uno de los rasgos de aquella pintura, los ojos, los labios, el óvalo del rostro, las manos, eran los de María Diolinda. Finalmente comprendí aquello que no encerraba ningún misterio: María Diolindia había servido de modelo para aquella pintura.

Incorporándome con esfuerzo, me acerqué a la capilla en compañía del sacerdote, y contemple fascinado el cuadro. Era como tener al alcance de mi mano, por fin, a la que tan arduamente había buscado. Tan cerca y tan inaccesible, a la vez.

«María Diolinda», repitió el sacerdote varias veces, y moviendo la cabeza negativamente añadió con tristeza: «Lisboa». Luego me dejó solo durante unos instantes y se dirigió hacia una de las puertas traseras de la iglesia. Poco después oí que me llamaba. Había abierto uno de los batientes a través del cual la luz del sol inunda la iglesia.

Atravesando la nave, me acerqué hacia la puerta por la que había salido el sacerdote, y al abandonar la iglesia, me apercibí de que aquella puerta daba directamente sobre el cementerio del lugar. El párroco avanzó entre las tumbas y yo le seguí a unos pasos de distancia. Finalmente se detuvo ante una de las sepul-

turas, y señalando con la mano la lápida, musitó con tristeza: «María Diolinda».

Las lágrimas inundaron mis ojos al contemplar la pequeña fotografía incrustrada en la lápida junto al nombre de la muchacha. «Lisboa», repitió una vez más el sacerdote negando con la cabeza, «Lisboa».

Al fijarme con más detenimiento en la losa sepulcral, pude apercibirme de que María Diolinda había fallecido pocos días después de nuestro último encuentro. Desde aquella fecha yo había estado enamorado de un cadáver al que había dotado de vida en mi imaginación. Multitud de preguntas acudieron a mi mente, pero, para unas no había respuesta posible, y otras no deseaba verlas contestadas.

Permanecí junto a la tumba largo rato, y al abandonar el cemenerio, vi que el sacerdote estaba charlando en el exterior del templo con un hombre. Al aproximarme a ambos vi que se trataba del dueño del café de la plaza, el cual, al advertir mi presencia se despidió del sacerdote y se alejó, diciéndome adiós con la mano.

El cura se dirigió a mí en su lengua, y habló durante varios minutos, al cabo de los cuales, sólo logré intuir que, ya que nada me retenía allí, lo mejor que podía hacer era regresar a Lisboa. En efecto era aquello lo que me disponía a hacer al día siguiente, pero aunque así se lo comuniqué, dudo mucho que me entendiera.

De nuevo tuve la impresión de que alguien seguía mis pasos cuando me dirigía hacia la fonda, y una vez en mi cuarto, me encerré con llave y me dispuse a guardar mis pertenencias en la maleta.

A la mañana siguiente, quise ver de nuevo el cuadro aquel, único vestigio de la muchacha a la que había conocido y de la cual me había enamorado.

Dejando la maleta en la conserjería de la posada, me encaminé hacia la iglesia. Mientras avanzaba por las estrechas callejuelas oí sonar el esquilón que convocaba a los fieles a una temprana misa. El sonido de

aquella campana parecía llamarme a mí también a un último encuentro con Diolinda.

Entré en el templo, que todavía se encontraba desierto, y me dirigí directamente hacia la capilla lateral. Tanteando con la mano hallé el interruptor de la luz. Al iluminarse la capilla, me encontré de nuevo delante de la joven que, seguramente, había abandonado una vez su pueblo natal para hacer fortuna en Lisboa.

Al contemplar el rostro de María Diolinda no pude contener el llanto. Aparté con la mano la sabanilla que cubria el altar, y sin detenerme a reflexionar, me subí sobre el ara. Mi cabeza quedó a la altura de la de la Virgen del cuadro, y aproximando mi rostro a la imagen, posé mis labios sobre los de María Diolinda.

De pronto oí un gemido detrás de mí que fue convirtiéndose en un grito mezcla de imprecación y de lamento, y cuando me di la vuelta para ver quién había seguido mis pasos, apenas si tuve tiempo de ver a un muchacho campesino que se hallaba detenido a la entrada del templo. Durante una décima de segundo nuestras miradas se encontraron, y yo creí reconocer en él a uno de los jóvenes que habia visto en la taberna la primera vez que pregunté por María Diolinda. No sé a quién creyó él ver en mí. De pronto dio un paso hacia adelante, y sacando algo que había mantenido a su espalda, apuntó directamente hacia mi pecho. Se oyó un tremendo estampido y sentí que algo ardiente me golpeaba de manera salvaje. Los dos disparos de escopeta resonaron en el ámbito de la iglesia y cuando los ecos de la deflagración alcanzaron la torre, una multitud de pájaros levantó el vuelo y se esparció vertiginosamente por el cielo de Varmao.

Ahora que me recupero lentamente de mis heridas temo el momento en que mis negocios me lleven de nuevo a Lisboa, porque sé que otra vez, inevitablemente, volveré a sentarme en aquel viejo café de la Avenida da Liberdade; sé que no podré apartar mis ojos de las callejuelas que descienden del barrio alto, y sé que en cada mujer que se acerque a mi mesa, buscaré la profunda mirada de María Diolinda.



El emparedado





El emparedado

Fernando Martín Iniesta

En el silencio se oía, a lo lejos, el susurro del mar. Quiso gritar y gritó con todas su fuerzas... Pero tenía la certeza de que nadie podría oírle.



EL yeso se le endureció en la piel de las manos, entre los dedos, al colocar el último ladrillo. ¡El último ladrillo! El ladrillo que le separaba de todo: de los suyos, de la luz y hasta de la vida. Sabía —todo lo había meditado— que ahora llegaría la tentación de romper el muro, de querer salir, de que se cumpliera ese último deseo del hombre: no morir solo. Para evitarlo, había construido aquel muro doble, imposible de romper. Esperaba que al terminar la tarea, acaso por un solo instante, respiraría hondo. Luego vendría el miedo, el pánico y el horror. Esperaba tener la suficiente fuerza para vencerlo. No. No pensaría en nada. Se tumbaría en el suelo y esperaría. Solo le restaba esperar... Durante aquellos veinte días desde que tomó la irrevocable decisión de que nadie le vería convertirse en «aquello», había ensayado, una y otra vez, a quedarse quieto y a no pensar. Unicamente había tenido fija la mente en la idea de no pensar, encontraría las fuerzas necesarias para no desesperarse, para justificarse a sí mismo que había sido necesario hacer aquello, porque era «necesario» que nadie, jamás, encontrase su cadáver.

Se echó sobre el suelo, aquel mínimo espacio que había dejado entre las paredes, y miró hacia el techo. A través de alguna teja rota se filtraba un rayo de luz. Aquello no lo había previsto. Esperaba que las tinieblas le envolviesen, que fueran como un manto arropándole. Odiaba la luz. La luz le había obligado a verse. En las tinieblas, su cuerpo no era el ser extraño y desconocido, sino algo que le pertenecía: él mismo. Solamente al verse sentía esa fatal sensación de estar preso de una informe masa de carne y repugnancia. En la penumbra era casi imposible no mirar, aún sin pretenderlo, volvería a ver aquella mano monstruosa que crecía agigantándose. Para él, había cosas peores que la muerte. Morir podía ser hasta fácil: bastaba una sobredosis de barbitúricos, el simple roce de una cuchilla de afeitar rasgando sus venas, el tibio calor de la sangre resbalando por aquella mano, inundándola, y, luego, el sopor, un sopor suave, una roja languidez. O, acaso, arrojarse con el coche por un precipicio. Pero su destino era, todavía, más cruel: tenía que evitar que nadie, nadie, le viese después de muerto como había logrado evitar que se le viese vivo... desde aquello.

* * *

Todo había comenzado unos meses antes. Lo recordaba con precisión. Estaba echado en el diván de su estudio. La penumbra le envolvía. Levantó su mano derecha para buscar el paquete de cigarrillos y descubrió algo desconocido en ella. Como si tratase de atrapar un objeto ajeno y huidizo, la sujetó con la otra mano y bajó ambas, lentamente, hasta la altura de sus ojos. Los dos dedos pulgares se habían entrelazado y dejaban ver, sin lugar a dudas, la diferencia entre ellos. El corazón le dio un golpe de sangre. Le sonó seco y duro en el pecho, mientras las fuerzas le abandonaban. Horrorizado, apartó la mirada de sus manos. Nunca pudo precisar el tiempo que estuvo echado en el diván, sin atreverse a volver a mirar. Su

mano izquierda seguía sujetándose la derecha, como quien se protege de una amenaza.

Había moldeado su propio cuerpo, esculpido, uno tras otro, cada uno de sus músculos con continuos ejercicios gimnásticos, eliminado la más leve sombra de grasa, a base de observar durante años una dieta rigurosa en las comidas. Se sabía una escultura viviente, un cuerpo único y perfecto. Pero el domar y moldear continuamente a la naturaleza le había hecho sentirse un ser dividido en dos: lo que llamaba «lo otro», su fuerza, su impulso, su voluntad, y el cuerpo que era su obra. Una gran obra que jamás se le rebelaría... ¡Y de repente... aquello!

El nuevo, imprevisto y desconocido temor, la amenaza que podía convertir en desesperante aquel final, era aquel rayo de luz, porque para él, después de llegar al límite de todas las desesperaciones, sólo podría horrorizarle lo que no había aceptado ni previsto. Había aceptado «morir solo»; no podía aceptar estar junto a «lo otro», el monstruo deforme en que se habia convertido, porque estaba allí, emparedado, precisamente para matar «aquello». Su otro yo así lo había decidido, como había decidido, en un supremo esfuerzo de voluntad, olvidarse de «aquello». Si no podía verse, acaso, seguiría creyendo que el «el mismo», el dueño de aquel cuerpo que habían admirado millones de personas, que seguirían admirando, en el recuerdo y que no podrían olvidar.

Muchos años antes, cuando obtuvo su primer éxito como modelo publicitario, planificó lo que sería su vejez, su decadencia: huiría hacia un lugar donde nadie le conociese y empezaría una nueva vida, vulgar y anodina como la de cualquier otro hombre. El tiempo era implacable. Lo sabía. Pero el tiempo no podía ir contra sus mismas leyes, necesitaba de tiempo para ser tiempo y, si había hecho con la naturaleza su propia obra también detendría el tiempo más allá de sus propias leyes, «alargaría» su madurez, como había sabido «alargar» su juventud, porque ahora, apenas

cumplidos los cuarenta y cinco años, su aspecto no representaba más de treinta.

Hacía años que había comprado aquella finca que limitaba con el acantilado. Se había construido aquel chalet cuidando todos los detalles, revisando escrupulosamente los planos. Lejos, lo más lejos posible, dentro de la propiedad, del torreón que, en tiempos, sirviera para hacer señales a los barcos en días de tormenta y que, ahora, iba a convertirse en el guardián celoso de su secreto. Quería que aquella vivienda fuese como un homenaje que hacía a «su obra», y, la planta baja, habilitada como un inmenso salón había sido decorada con gigantescas ampliaciones de fotogramas. En una de ellas estaba desnudo de medio cuerpo, atado en una columna y, con el esfuerzo de sus poderosos pectorales, había logrado romper la cuerda. En otra fotografía se le veía lanzándose desde una muralla hacia el mar. Su figura, estilizada, daba la sensación de un torpedo humano o un ágil y bello animal.

El olor del yeso, todavía húmedo, empapaba el aire viciado de aquella «tumba para un recuerdo», como él la había bautizado. Sarcófago para su propio mito, ataúd para una leyenda y, de momento, voluntaria cárcel donde no debía tener cabida la desesperación. Porque la desesperación —¡cuántas veces lo había pensado!— sólo es posible cuando se tiene esperanza. Y, desde aquella tarde en su estudio, cuando descubrió que su mano derecha había crecido desmesuradamente, para él ya no había esperanza. La hubo. Duró apenas unos días, hasta que el diagnóstico del médico confirmó plenamente, ratificó el sentido positivo de su enfermedad. Su destino estaba marcado: se convertiría en un monstruo y adivinaba que sólo el horror descubriría en los ojos de los demás.

Pensó en Laura, en aquella noche que le pidió que le acompañase a su apartamento por primera vez, y ella le dijo: «Creo que... no podría... es como si fuese a abrazar a una estatua o hacer el amor con un dios mitológico». Fue entonces cuando la deseó más. Ella

le había confirmado, con aquellas palabras, que había logrado lo que un día se propuso. Necesitaba de Laura que fuese la mensajera que le rindiera el tributo de adoración, que a un dios de la mitología, le deberían ofrendar las mujeres. La notó temblorosa al cruzar la puerta. El salón estaba en penumbra. Preparó dos whiskis y puso una melodía sentimental. Se desposeyó de la chaqueta. En su camisa de seda, ceñida, se marcaban los contornos de su tórax. Cuando llevó, suavemente de la mano a Laura hasta el diván, creció el sobresalto de la muchacha. Susurrando, le musitó: «Así, no. Apaga la luz... por favor». Se rebeló casi con ira. Su placer sólo se inicaba al sentirse contemplado. En la oscuridad no «sería él». Se desnudó y le dijo: «Mírame. Mírame. No dejes de mirarme». La muchacha descubrió que, sobre el techo, había un gran espejo, cuando se arrojó sobre ella...

El olor a yeso húmedo le picaba ahora en la nariz. Se recostó sobre el codo derecho. Echó hacia atrás la cabeza y quiso volver a recordar los mejores instantes de su vida. También este momento lo había planificado. Esta evocación duraría hasta que decidiera que había llegado el momento final, pero lo que vino a su memoria fue la imagen del torreón cuando decidió que era el lugar ideal para que todo acabase. Nadie, que recordara, se había acercado jamás a él desde que compró el terreno. En el cobertizo que ya nunca sería garaje, de la construcción del chalet habían sobrado materiales, ladrillos y yeso. Los había contado uno a uno y tomado medida. Para que no pudiera haber un débil arrepentimiento, el muro lo haría doble. Cuando midió el hueco que quedaba bajo la escalera, respiró satisfecho: tenía materiales de sobra. Así no llamaría la atención al tener que ir en su busca. En el capó del coche los fue trasladando hasta el torreón. En dos recipientes de plástico llevo el agua y haría la masa en cubos. Al principio, no tendría que hacer la obra desde dentro. Sólo cuando llegase a la altura de su cintura saltaría. De esta forma evitaría tensiones innecesarias. Tampoco tenía por qué realizar «la ope-

ración en un solo día», mientras nadie le viese ni supiera dónde estaba no corría peligro.

Había escrito una larga carta a su agente artístico comunicándole que se tomaba unas vacaciones, quizás algo largas, pero necesarias. Le ordenaba que, hasta que volviese a ponerse en contacto con él, no firmara ningún nuevo contrato en su nombre. De Laura no quiso despedirse. ¿Para qué? Cuando tuvo conciencia de lo que le sucedía, dejó de verla con diversas excusas. Además, su relación, en aquellos años, se había enfriado bastante. Incluso, en algunas-circunstancias, ella llegó a ponerse impertinente. Deseaba que viviesen juntos y había encontrado siempre la misma respuesta: no. Sabía que el mayor acierto que había contribuido a convertirlo en lo que era, fue, precisamente, el haberse distanciado de los demás. Nunca tuvo grandes, ni siquiera medianas amistades. Gentes que conocía por su trabajo, y siempre, de forma circunstancial y esporádica. Laura había sido, acaso, la única relación asidua, aunque separada por largos periodos de tiempo en que no se veían.

En su apartamento-estudio de la capital, solamente iba una asistenta, contratada a través de una agencia y, que por razones que ahora veía claras, razones de premonición, era cambiada cada poco tiempo. Al hacer el contrato, así lo exigió. En los últimos años, había conocido más de diez caras nuevas que fueron a hacerle la limpieza. En los restaurantes tampoco era cliente asiduo, gustaba de cambiar frecuentemente de lugar, y, como su alimentación estaba ajustada a la dieta que le habían recomendado, el procedimiento más sencillo y cómodo era el de cocinarse él mismo. Nadie, nadie le echaría de menos en algún tiempo, probablemente en años, excepto su agente, y, para éste había salido de vacaciones hacia América del Sur. Concretamente hacia Méjico. Y «efectivamente» había cogido aquel avión. Un hombre con su mismo nombre, se había embarcado el día señalado. Estuvo aguardando, en la ventanilla de pasajes a que

alguien, con su mismo destino, pidiese un billete. La suerte le acompañó porque media hora antes de despegar el reactor, apareció un viajero. Ya no quedaban plazas, y, al ofrecerle la suya, la señorita encargada de esta función, conquistada con una buena propina, ni siquiera se molestó en cambiar el nombre del viajero. Por medio de una llamada telefónica a una famosa floristería de la capital mejicana, ordenó que enviasen un ramo de flores al domicilio de su agente, como felicitación por el aniversario de su boda. Este detalle lo había cuidado especialmente. Al recibir el obsequio desde Méjico, no dudaría de donde se encontraba. Cuando desapareciese le buscarían, inútilmente, en aquel país. El coche también había sido objeto de sus previsiones. Alegando una necesaria revisión, lo había dejado en un taller conocido, dejando bien sentado que lo recogería «al regresar de sus vacaciones». En el mismo taller le recomendaron una agencia de alquiler de coches, donde alquiló un Mercedes, con el que hizo el traslado de los materiales hasta el torreón. Lo devolvió el día anterior previsto para el viaje. El transporte hasta su «retiro» lo hizo en tren, caminando luego desde la estación hasta la finca en plena noche.

Cuidadosamente, aquella mañana, había limpiado cualquier rastro en el chalet que pudiera delatar su presencia. Cerró herméticamente puertas y ventanas y se llevó las llaves con él. Recordando estas cosas casi había olvidado para qué estaba allí. Fríamente sintió que estaba llegando el momento. Podría prolongarlo cuanto quisiera y se había prometido que únicamente adoptaría la decisión final si advertía síntomas de terror. Pero, hasta ese momento, conservaba toda su lucidez y firmeza de intención.

Sintió un leve dolor en el cuello por la postura que había adoptado. Al girar la cabeza vio la sombra, monstruosa de su mano. El rayo de luz que caía del techo dejaba su haz luminoso en el suelo, donde se recortaba, más informe y grande que nunca, la sombra de su mano. Su vista directamente era horrible,

sobre el suelo, confusa en sus contornos, era espantosa. Parecía un animal extraño y misterioso: un animal asesino que aguardaba el instante de arrojarse sobre su víctima para destrozarlo primero, antes de acabar con él. La ira que se había incubado en su «otro yo» y que le había dado fuerzas para planear todo aquello, se había diluido en un nuevo y desconocido terror. Apretando los dientes hasta sentirlos crujir, se repitió: «¡Ha llegado el momento, ha llegado el momento...! ¡¡Haz lo que tienes que hacer... Lo que tienes que hacer!!» «¡De una vez, acaba...!»

En el bolsillo izquierdo del pantalón, cuidadosamente, había guardado un sobre con una cápsula. No le fue fácil conseguirla. Lo único que había logrado detener aquella decisión de quitarse la vida había sido conseguir aquel potentísimo veneno. Dudaba de los barbitúricos. Sabía que, a veces, sus efectos eran lentos. En uno de sus viajes a Africa, había oído hablar de aquel veneno que empleaban los indígenas y cuyos efectos eran fulminantes. Tenía que hacerlo todo bien. Tan bien como hizo su propio cuerpo, y después, su brillante imagen pública. Fueron, además de cautas, largas gestiones para conseguir aquel veneno. Su coste también fue excesivo. Pero ¿qué importaba el dinero ya en su vida? Cuando lo consiguió se marcó una fecha. Puso en ejecución su «viaje» y realizó aquel plan que, nunca, nunca le pareció horroroso. Era «lo que tenía que hacer». Eso era todo. Había llegado a la conclusión de que lo que había fabricado con su cuerpo, era un tigre. Y esta fiera se había vengado de él.

Buscó en su bolsillo el sobre con la cápsula. El frío le paralizó la mano. ¡No estaba! Al saltar el muro —¡lo recordó claramente!— en el borde de un ladrillo se había enganchado el bolsillo del pantalón, y al tirar para desprenderlo, se había rasgado... ¡La cápsula se debió de caer entonces! Y tuvo, necesariamente, que caer al otro lado. Su final volvía a rebelársele. Sintió la desesperación y todos los horrores

que había creído vencer le atenazaron irremediablemente.

«¡Romper, romper el muro era la única 'solución'!» Golpeó fieramente con los puños. La obra estaba bien hecha y no se movió. Hundió las uñas en el yeso aún no seco del todo... Se le desgarraron... Un dolor intenso y enloquecedor se clavó en sus manos y unos hilillos de sangre, que él no pudo ver, resbalaron por el muro. Cayó de rodillas, impotente, vencido...

En el silencio se oía, a lo lejos, el susurro del mar. Quiso gritar y gritó con todas sus fuerzas... Pero sabía que nadie podría oírlo.

Nadie le oyó.

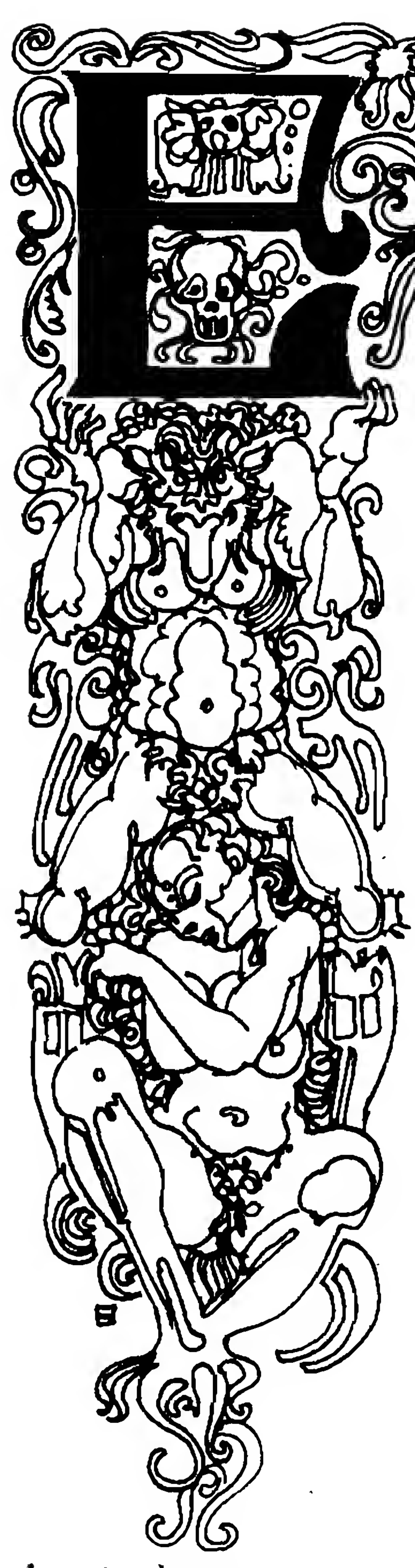

Encantamientos
en la frontera
U.S.A



Encanta mientos en la frontera U.S.A

J. Leyva

Ante los extraños y macabros sucesos que comenzaron a producirse en el pueblo, los hombres formaron un pequeño ejército armado con viejos fusiles, cuchillos y guadañas... Ignoraban, sin duda, la infinita fortaleza de su invisible enemigo.



EN la primavera del año 1900, el pueblecito mexicano de Chozas —que por entonces contaba no más de 1.500 habitantes— fue escenario de una serie de sucesos sin conexión aparente, que pusieron en conmoción a la comunidad, compuesta de ganaderos y sencillos agricultores.

Tales sucesos fueron sin embargo la causa de que los habitantes de Chozas abandonaran sus tierras, víctimas del miedo.

Una mañana en el portalón de *la casa encantada* —como comenzó a denominarse el viejo edificio de la época colonial situado al final de la calle del Agua—, amaneció clavada una mano, cortada desde la muñeca. Tan siniestra aparición vino acompañada del rumor de que el caserón no estaba deshabitado, basándose esta sospecha en los ruidos y voces escuchados una noche por Aníbal, un pastor de ganado cuya vivienda colindaba con la casa. Según éste, había oído risas, llantos y —cosa que dejó anonadados a todos— una música rara, como de una orquesta que afinara constantemente sus instrumentos.

Por otra parte, dos de los siete caños de la fuente de la plaza de Mayo, rodeada de enredaderas silves-

tres y cactos gigantes que ese año se secaron misteriosamente, dieron en manar un líquido oscuro y espeso, de olor dulzón y ácido, que cuantos lo vieron, palparon e incluso degustaron, dijeron que era sangre.

Ni que decir tiene que el pánico se instaló en los hogares de aquellas gentes. En un acuerdo tácito, sin embargo, decidieron silenciar estos hechos por temor a represalias aún más dañinas de no sabían qué o quiénes, tal vez a la espera de que todo volviese a la normalidad habitual en el pueblo.

No obstante, un día los hombres de Chozas tuvieron que reunirse a fin de hacer algo respecto del último descubrimiento efectuado: el pequeño cementerio local había sido violentado brutalmente; los muertos, desenterrados y desperdigados luego por el recinto, presentaban signos evidentes de haber sido registrados e incluso maltratados —como dijo Hipólito, el sepulturero de Chozas, que descubriera la macabra escena de los cadáveres desnudos de cuanto llevaran encima.

Pero, desgraciadamente, de esta reunión no salió decisión de ningún género.

Aún habría de tener lugar un cuarto suceso, extraño y no menos espeluznante que los anteriores, en esta ocasión relacionado con la muerte repentina y sin aparente razón de algunas reses. El veterinario encargado de examinarlas dijo que aquellos animales no tenían sangre.

—Como si se la hubieran chupado.

El comentario del veterinario, aparentemente jocoso, no hizo sino aumentar la inquietud general, sumiendo a los habitantes de Chozas en mayor angustia —si esto era posible—, por cuanto el ataque a sus bienes podría significar la ruina para la comunidad, algunos de cuyos miembros comenzaron a plantearse la conveniencia de abandonar el pueblo.

De este modo, el miedo había calado hondo y alterado la sencilla y pacífica convivencia de aquel millar y medio de personas, que no sabían a qué atenerse o cómo explicar tan extraños sucesos.

En situación tan poco propicia a las manifestaciones festivas había llegado a Chozas un pequeño circo ambulante italiano. Los tres únicos carromatos de que se componía la «troupe» acamparon a las afueras del pueblo, junto al río, una vez obtenida la autorización del ayuntamiento, y a las pocas horas ya estaban anunciando a bombo y platillo, literalmente, que esa misma noche tendría lugar la función inaugural. Al orondo músico del bombo y los platillos acompañaba una joven saltimbanqui, cuyas piruetas y contorsiones en la plaza de Mayo no tardaron en reunir a la chiquillería del pueblo, comparsa que recorrió las restantes calles en ruidosa marcha.

Una oleada de alivio animó el contrito ánimo de aquellas gentes, tan asustadas por los sucesos, y el pueblo acudió en masa al río, en cuyas orillas había instalado su carpa el circo ambulante, deseosos todos de procurarse un rato de distracción.

Y así fue, en verdad. El espectáculo, lleno de colorido y alegría, entusiasmó a la mayoría. Por vez primera en muchas semanas, las luces de Chozas permanecieron encendidas y hubo gente en la plaza hasta la medianoche.

En efecto, aquella noche se durmió con tranquilidad en Chozas, pero a la mañana siguiente se reprodujeron los hechos ya señalados, aunque con ligeras variantes: en el portón de *la casa encantada* apareció clavada la cabeza de una mujer —un hierro de enormes proporciones le atravesaba la boca—, los dos caños de la fuente volvieron a derramar aquel líquido viscoso y pardo, los muertos fueron de nuevo sacados de sus tumbas y media docena de vacas habían sido igualmente desangradas.

Varias familias emprendían poco después la huida, creando con esta decisión mayor malestar e inquietud en quienes los veían marchar.

El anuncio festivo de la segunda función del circo italiano —con números nuevos, sorprendentes saltos mortales, la presentación de un ventrílocuo ruso y la proezas de la mujer más fuerte del mundo—, no en-

contró aquella mañana el eco de la víspera. Nadie se atrevía a salir de casa y los niños, contagiados del temor de los mayores, se contentaron con mirar a través de las ventanas al orondo músico del bombo y los platillos y a la bella saltimbanqui que le acompañaba. Como era de esperar, la segunda función del circo no pudo celebrarse. Ni un solo espectador acudió al río, las luces de Chozas volvieron a apagarse muy pronto al llegar la noche y un silencio denso sumió al pueblo en una nebulosa llena de algo inaudito que sobrevolaba los tejados de las casas y penetraba en ellas, adueñándose de las voluntades.

Aprovechando la osuridad reinante, dos carros cargados de enseres y muebles rústicos salieron de Chozas. Detrás, los miembros de una familia, cabizbajos y llorosos se sumaban a los que ya habían dejado el pueblo con anterioridad.

Al día siguiente, los cadáveres del cementerio —de nuevo exhumados— aparecieron en la plaza de Mayo, los dos caños de la fuente volvieron a manar sangre y en la puerta del viejo edificio de la calle del Agua estaba clavado el tórax, horriblemente desgarrado, de una mujer.

Los hombres que aún quedaban en Chozas se reunieron en esta ocasión en el ayuntamiento, cuyo titular había sido uno de los primeros en abandonar el pueblo, con el firme propósito de hacer algo para solventar una situación tan insostenible como la creada. Se propuso el establecer unos turnos de vigilancia, tanto en el cementerio y en las dehesas del ganado, como en *la casa encantada* y el depósito del agua potable —donde se suponía que tenía lugar el fenómeno de la sangre que luego derramaban los dos caños de la fuente.

Después de anunciar la función de despedida y comprobar el fracaso de este anuncio, el circo ambulante dejó la orilla del río, alejándose de aquel lugar maldito por no se sabía qué causa, tal y como hasta entonces habían hecho ya la mitad de los ganaderos y

casi todos los pequeños agricultores, cuyo trabajo dependía de los primeros.

Los hombres que formaban «la resistencia» adoptaron la iniciativa, como medida de precaución, de alejar a sus mujeres e hijos menores, llevándolos a Tlalmutco, distante unos 60 kilómetros de Chozas, río arriba, ya en la frontera con los Estados Unidos.

Formaron, pues, un pequeño ejército armado de añosos fusiles y largos cuchillos y guadañas, dispuestos a defender sus bienes a toda costa, aún sin conocer las características o naturaleza del invisible enemigo que los atacaba de forma tan singular.

La custodia del pueblo no planteaba problema alguno a la luz del día. Al anochecher, sin embargo, se encendieron numerosas hogueras, que servían de visible punto de referencia entre los diversos puestos de vigilancia establecidos. Impartidas unas señales a modo de contraseña, los hombres se comunicaban cada diez minutos si había o no alguna novedad que transmitirse.

La primera velada transcurrió sin que se registrara el menor incidente. Los hombres de Chozas —no llegaban a medio centenar— se reunieron en la plaza de Mayo al amanecer y comprobaron con satisfacción que tanto en *la casa encantada,* como en el cementerio, la fuente y las dehesas, nada había ocurrido.

Todos estuvieron de acuerdo en que las hogueras eran extraordinaria ayuda, y decidieron incrementar su número en noches sucesivas. Los gritos de Abundio, el tendero, sacaron a los reunidos de su momentáneo contento.

Acudieron sin pérdida de tiempo al sitio que indicaba el mestizo, las ruinas de un templo que en su tiempo erigieron los jesuitas españoles, en cuyo pórtico descubrieron una gran cruz de madera hincada en el suelo y, entre sus aspas, el cuerpo agonizante del señor Morena, alcalde de Chozas hasta su huida, ocurrida dos o tres semanas antes.

Descolgaron y desclavaron el cuerpo de Morena, que exhaló su último aliento sin recuperar el conoci-

miento. Desnudo como estaba, sus convecinos pudieron comprobar que había sido vilmente ultrajado en sus partes genitales.

Poco después, el pequeño ejército de Chozas, «la resistencia» como se habian denominado aquellos hombres en un resto de humor, salía del pueblo, derrotado sin haber peleado y, para mayor extrañeza de todos, sin ni siquiera haber conocido o visto de lejos a tan cruel enemigo.

Agrupados en El Cuerno —un montículo desde el que se divisaba Chozas y sus alrededores, el río en un amplio tramo y las amplias dehesas de hermosos pastizales—, los últimos habitantes del pueblo dirigieron una compungida mirada de despedida al lugar donde muchos de ellos habían nacido y criado a sus hijos, sintiéndose humillados en lo más vivo por un motivo ignorado y perverso.

Un huracán de viento rebelde y sucio se paseó por las callejas y plazas de Chozas, como si pretendiera barrer los postreros vestigios de sus moradores, lejos ya, muy lejos y para siempre de sus tierras y hogares abandonados.

Aquel huracán, sin embargo, no se debía a un fenómeno totalmente natural, pues habia sido provocado por el avance indómito de dos excavadoras gigantes de fabricación norteamericana, que en pocos instantes dejaron el pueblo de Chozas reducido a un montón de escombros, llevados a continuación hasta la ladera misma de El Cuerno, donde quedaron sepultados en una gran fosa abierta al efecto.

Y tras la demoledora acción de las máquinas, por el horizonte de las verdes dehesas apareció una caravana de camiones, grúas y pertrechos, componentes de un gran complejo de explotaciones petrolíferas, que a comienzos de siglo constituía toda una ciudad de hierros, ingenios monstruosos, operarios y constructores.

Borrado Chozas del mapa como pueblo y comuni-

dad, la invasión norteamericana instalaba sus bases de hierro y columnas perforadoras, adueñándose de un territorio y de sus gentes.

—Le felicito, Hipólito, ha hecho usted un buen trabajo —dijo el ingeniero Thomas R. Spencer.

—O.K. —contestó el aludido, sepulturero de Chozas, forzando los labios para hacer más sonora esta expresión en inglés.

—O.K. —dijo también Spencer.

La cabellera



La cabellera

Versión libre de Eusebio Zabaleta de un relato de Guy de Maupassant.

Amaba las cosas que resumían en sí todo un cúmulo de imaginadas vivencias pretéritas. Le subyugaba todo aquello a lo que el tiempo habia rozado con sus alas antiguas...
Pero, ¿cómo explicarlo? ¿Cómo declararse inocente del asesinato de las siete mujeres rubias?



ECLARO que soy inocente.

Yo no he matado a una sola de las siete mujeres que faltan del censo de hembras rubias de la ciudad.

Yo, es verdad, encontré unos cabellos de oro en la pequeña oquedad que disimulaba su existencia tras el panel que, mis dedos temblorosos de presentimientos, descubrieron en el mueble italiano que el anticuario me hizo pagar como nacido de manos privilegiadas de ebanista singular en el siglo XVII. Era una cabellera entera, demasiado limpia y lustrosa para ser tan anciana; de la que recibí un influjo que todavía me dura; más aún, se me acrecienta como cuando ahora miro para arriba y en el ventanuco por donde entra en mi celda la única luz, creo descubrir rayos de sol ondulantes, dulces y suaves como el «cabello de ángel» que acompaña a los manjares preferidos de mi desayuno habitual. Apetito carnal y emoción que convergen en mí para desazonarme hasta el extremo que me lleva al paroxismo y a la depresión que le sigue.

Dicen que he perdido la razón. Por eso me tildan de loco peligroso.

Hablan de necrofilia perniciosa.

No saben lo que dicen.

Si quisieran escucharme yo les diría: «Insensatos, amar lo ido, desear a los muertos no es nocivo. Mirad a los fanáticos cristianos que rinden culto a los muertos una vez al año, en macabro tropel festivo. ¿Por qué no los encerráis a todos? Mi cabellera rubia no es sino el recuerdo vivo de una mujer que dejó esta herencia a su amante; o el testimonio de una iluminada que encerró entre cuatro paredes su divino amor y antes arrancó de sí su mejor adorno. Nunca el macabro resto de un asesinato que nunca sabría cometer. Porque yo amo precisamente todo aquello que contiene vida. Más aún las cosas que en el barniz de su antigüedad, resumieron vivencias, supieron de suspiros. Por ejemplo: yo tengo un reloj-collar que nunca he puesto en marcha porque lo único que de él me atrae, me subyuga, es la certeza de que durante algún tiempo, su esférica forma estuvo entre la tibia hendidura de los pechos de una mujer que lo usó como joya y como instrumento de consulta para saber la hora del tiempo en que vivía, después de liberarlo con delicadeza de la presión de su cuerpo hermoso, allí donde el deseo se hace doble promesa, insinuación incontenible a partir de la cual todo amor discurría hacia arriba buscando el húmedo calor de la boca o hacia abajo en donde está, siempre segura, la corroboración del placer que se persigue».

Tras estos frecuentes soliloquios, solía él prorrumpir en llanto incontenible y en feroces ataques de ira. Inútiles las paredes mudas como víctima de descargo, gritaba hasta perder la voz mirando para el ventanuco mientras se arrancaba mechones de su propia cabellera, hasta caer rendido al suelo, teñido el rostro por la sangre. Incomprensiblemente nadie le retenía en el terrible quehacer autodestructor y sólo cuando era apenas un fardo palpitante entraban para llevarle a rastras hasta el despacho del director que junto al comisario repetía la misma pregunta:

—¿En dónde ha escondido el cadáver de ella...? ¿En dónde los de las otras?

Era inútil que tratara de proclamar la entereza de su razón sin merma alguna. Una vez, llorando y postrado de hinojos pidió:

—Dejadme hablar. Yo os convenceré.

Y les habló de su amor.

De aquella cabellera rubia que él sentía estremecerse cuando ya en el lecho la ponía cerca de sus mejillas... o cuando prohibidamente pero casi en éxtasis, la aproximaba al centro mismo de su pasión.

—Está viva. Huele a ella y no a mí que la empapo de sudor. Estoy seguro de que su cuerpo vive en algún lado. ¿Por qué no buscan mejor?

—Usted sabe el sitio...

—No, no...

—¿Por qué entonces corría tras ella, desnudo, en el jardín la noche en que su mayordomo nos llamó?

—Había sido el viento... solo el viento... La tenía entre las manos y hablaba con ella... También yo le preguntaba en dónde estaba su cuerpo para ir a adorarlo con la ofrenda del mío... Y de pronto aquel golpe de viento... Claro que corrí... ¿Acaso iba a quedarme insensible, indiferente ante la pérdida de mi tesoro?

—Pero iba usted desnudo...

—Y, ¿alguno puede decirme cómo estaría, como estará ella ahora?

Los interrogatorios no tenían fin.

Tanto el director como el comisario solían quedar penetrados de la persuasión que brotaba incontenible de sus palabras.

—Este hombre no miente en algo...

—Sin embargo...

Todo cambió de pronto un día que iba a parecer vulgar.

Gritaba el desgraciado.

—¡Traédmela!... ¡Solo la cabellera!... ¡Qué daño puede hacerme! ¿Qué os cuesta?

—Dinos en dónde está...

Cayó desmayado de desesperanza.

Con un hilo de voz sugirió:

—¿Por qué no preguntáis al ebanista?

La lógica es así.

Aparece como algo excepcional cuando, sin embargo, es siempre vulgar.

¡El ebanista!

La intuición —¡perro de presa atado!— del comisario retuvo al director que ya corría a la calle.

—Antes convendrá saber quién es.

Tenía razón el sabueso.

Convenía saber quién era, quién había sido.

El ebanista era sólo anticuario. Un taller elemental satisfecho por un aprendiz, daba olor y certificación de quehacer, para justificar el título artesano que en el lugar se le daba.

Había venido de las Indias, con fortuna bastante como para vivir sin aprietos, con holgura puesto que a nadie más que a sí mismo debía atender.

A la sazón contaría los setenta.

Era más conocido en el pueblo de al lado y con pelos y señales en un barrio intermedio.

Tenía quince años cuando conoció a la niña, rubia, muy rubia que le haría enfermar de melancolía primero y de obsesión después.

—La vio casar tempranamente con el rico del pueblo, mucho más viejo que ella, y que él.

Fue entonces cuando resolvió el traslado a ultramar.

Hasta aquí, amigo comisario, nada de particular.

Sin embargo, cuando hablaron al viejo del loco de la cabellera, del enamorado, se le cambió el gesto y un aire triunfal le hizo parecer más alto y relevante de lo que era.

Abrió un secreter sobre el que apoyaba la mano y preguntó:

—¿Me prometen contar la historia tal y como fue?

El asentimiento urgente abrió las primeras noticias de la crónica espantosa que con voz siempre igual, entonada, narró el anticuario:

«Ella debió ser para mí.

Pero el carcamal la hizo suya.

Hasta en el casino contó cómo había sido la primera noche con la virgen hasta entonces, con la doncella vendida.

Vi claro, muy claro, lo que había que hacer.

Necesitaba dinero para alcanzar dos objetivos:

—Mujeres rubias.

—Viejos, cosas antiguas...

¿Me entienden ustedes? (No, no le entendíamos. Estaba fuera de sí.)

—Viejos, cosas antiguas y mujeres rubias infieles, incapaces de decir que no y esperar al amado.

—Pero, dígame, ¿sabía ella, la niña, de su amor?

—A los cuatro vientos lo había demostrado.

—Pero...

—Cállense o callaré yo.

De América traje lo primero.

Aquí había en abundancia lo segundo, mujeres rubias, jóvenes, hermosas.

—Usted ha sido, por tanto, quien las ha matado...

—No... Deténganme, llévenme a la cárcel y no sabrá más...

El anticuario urgó en el interior del mueble. Seguramente realizaba idéntica operación que la que llevara a la locura emocional a nuestro hombre, al que creíamos loco y ya comenzaba a no parecerlo en nuestra convicción y nuestra sorpresa.

Y sacó otra cabellera rubia.

—¿La ven?

El comisario decidió actuar y sujetó al viejo que se dejó coger sonriente, con malicia apretada en la comisura labial.

—Haremos un careo entre los dos.

El director, sin saber aún qué estaba ocurriendo, se alarmó:

—Puede ser peligroso...

Rió el comisario:

—¿Para quién de los dos?

El anticuario advirtió:

—Verán cómo sabe distinguir entre la suya y ésta.

Lo que vimos después supera toda fantasía.

Apenas entramos en la clínica-prisión el doliente inquilino comenzó a gritar como un poseso. No era la voz de otros días. Salía el grito empapado en llanto.

—No... esa no... traed la otra... ¡¡la otra!!... ¡¡la mía!!

—¡Véis!, —apuntó con regocijo maligno el viejo.

A pesar de ello, el comisario tercamente insistió para que el careo tuviera lugar.

Estaban ya frente a frente.

Hubo un inicial silencio.

El enamorado callaba con los ojos fijos en el suelo. Suspiraba profundamente.

El anticuario esperaba no sé qué.

De pronto, los suspiros del otro se hicieron gemidos lacerantes y sollozos que parecían aullidos.

Saltó sobre el cuello del viejo gritando:

—Ha muerto. Ahora mismo. Ha muerto. Diles dónde está, maldito.

Fue inútil nuestro esfuerzo.

Tal vez la repentinamente gigantesca fuerza del loco enamorado le partió el cuello.

El viejo parecía muerto.

Sin embargo, con un gesto de la mano derecha llamó nuestra atención:

—En el jardín, musitó; en el jardín... las flores de oro...

El comisario dejó solo al director. Corría a buscar aquel espantoso lugar señalado por el moribundo.

Cuajados los ojos de dolor y furia, el recluido hasta entonces asió por un brazo al inmovilizado director y le dijo:

—Venga conmigo... Llegaremos antes que él.

La noticia fue chispa de clamor en el pueblo.

Las familias de las desaparecidas con el cortejo de los curiosos corrían de casa en casa, de jardín en jardín.

¿Era de noche o de día?

Nadie lo recuerda.

Corrían sin fijar apenas la atención.

Con la cabellera suya en la mano y el director al lado, el hombre aquel, pálido y terriblemente sereno caminaba lentamente.

—Todavía no... Estamos lejos.

Salieron del pueblo. Allí quedaba la enloquecida labor del gentío buscador.

A pocos kilómetros, una cabaña.

Abrió de una patada la puerta.

Un hombre caído en el suelo.

Era el mayordomo del enamorado.

Estaba herido.

En su mano derecha, una cabellera, ¡otra!... pero esta vez *era morena.*

Dirigiéndose a su amo pudo llegar a decir:

—Todo lo urdió en su contra, señor. Le envidiaba. Decía que se parecía al viejo que le robó su amor de juventud. Me convenció como a un imbécil. «Todo será una broma». Primero hicimos siete hoyos allí...

—¿En dónde?

—En el cementerio próximo...

Quedó con el testimonio en los labios.

Corrieron ambos tropezando y al fin llegaron.

Sí, al fin, en un rincón del silencioso lugar, la tierra removida acusó el sitio buscado.

Fue derecho hacia uno de los montones recientes.

Primero un cráneo rapado, después, el rostro, todo él pálido, yerto, con los ojos abiertos y dos lombrices de tierra, todavía no los gusanos, entrando por las fosas nasales.

—Es ella... ¡¡¡ella!!! —gritó el infeliz.

Y como si quisiera hacer mentira de la verdad

aquella, puso la cabellera sobre la cabeza y con amor intenso pedía:

—Ven, sal conmigo... sonríe... ya estamos juntos.

El director miró para los otros seis lugares.

Estaban vacíos.

Impelido por un presentimiento, corrió hacia la cabaña donde yacía el mayordomo.

—¿Dónde están?... ¿Dónde las has puesto?

Rompió a llorar.

—El las enterraba vivas y las cortaba el pelo, las cabelleras. Cuando vio que salió una morena, ésta que guardo yo, quiso matarlas. Yo se lo impedí. La mía está en mi casa, viva. Las otras...

Cuando la vida regresó al pueblo, un recatado silencio lo envolvía todo.

Seis mujeres con pañuelos sobre la cabeza escondían su presencia en el interior de las casas.

Y en el cementerio, rendido de fatiga o muerto de amor, el enamorado aparecía caído en tierra, medio cuerpo de la mujer ya fuera...

Tenía ella, nadie sabría explicarlo, la cabellera puesta, peinada, el rostro limpio, bellísimo.


BR



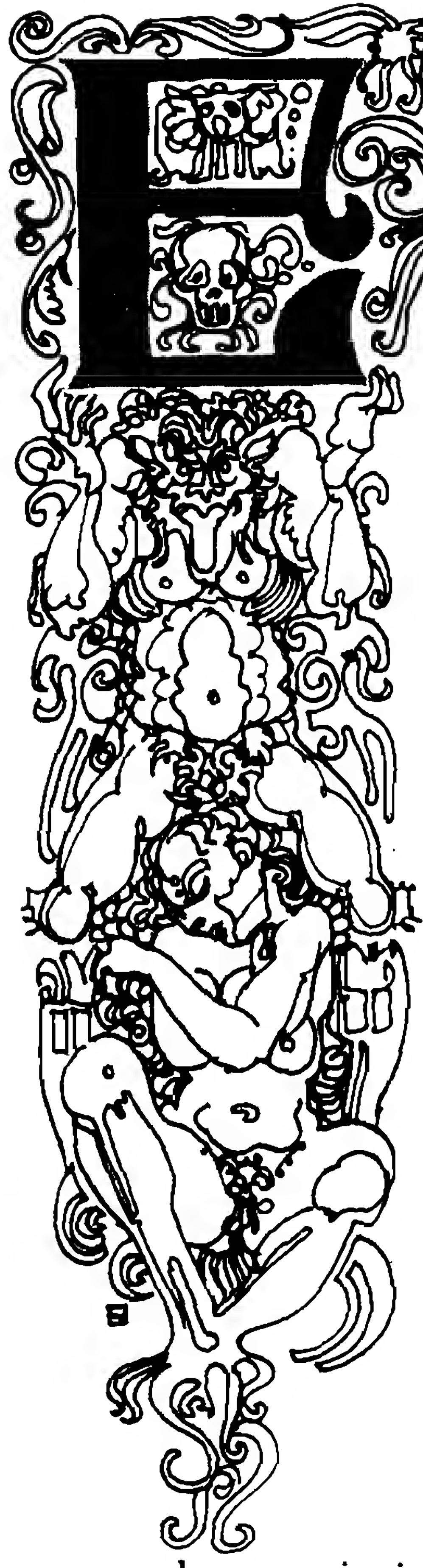
El pozo pintado



El pozo pintado

Carlos Saiz Cidoncha

¿Era un reflejo del terror y el miedo que todos llevamos dentro, o era la diabólica maldad del autor lo que hacía que todos los que miraban aquel cuadro lo aborreciesen profundamente?



L artista de la pintura puede perfectamente jugar con las emociones humanas, como el que se dedica a la música. Han pasado ya los tiempos de la exactitud en la pintura, de la transcripción fría del original al lienzo. ¿Acaso no será siempre derrotado un artista de esa clase por el arte de la fotografía? El verdadero artista pictórico debe *insinuar,* debe hablar directamente al subconsciente humano, proporcionarle una impresión que quien contemple el cuadro no pueda decir propiamente de dónde llega, pero sí asegurar que está allí.

Herbert Longfellow escuchaba sin responder la peroración de su amigo Turner, mientras bebía a pequeños sorbos la copa de brandy que éste le había servido. De vez en cuando hacía un leve gesto de asentimiento.

Bartholomew Turner estaba considerado como uno de los mejores críticos de pintura de Londres, y al mismo tiempo también negociante en obras de arte. Vivía solo en una gran casa dotada de los últimos lujos, y tenía pocos amigos. Longfellow era uno de ellos.

—La pintura no tiene por qué ser copia del modelo

—insistió Turner—. Quizá copia de la *sensación* que puede inspirar el modelo natural en un ser humano. Ese es el camino que los artistas actuales deben seguir, y tan pocos encuentran... Muy pocos... ciertamente muy pocos.

Hizo una pausa, y Longfellow decidió responderle a su vez.

—Buscar la sensación subjetiva... —dijo—. Estás hablando del surrealismo, de intentar plasmar el modelo tal y como el pintor lo ve.

—No obstante —rebatió Turner—. Si intentas pintar tus propias sensaciones, la mayoría de quienes contemplen tu obra la hallarán incomprensible, pues cada persona ve las cosas de una manera distinta, y la visión de una no significa nada para otra. Estoy hablando de matices objetivos, de estímulos comunes para todos los humanos, pero que no tienen por qué aparecer nítidos en la obra, que pueden, repito, ser insinuados.

Dejó delicadamente su copa sobre una mesita y se levantó.

—Hay elementos, atisbos de elementos, que pueden producir inquietud, aversión, antipatía, incluso terror. Y que pueden producírselos a todo el mundo, sin que nadie pueda definir exactamente las causas. Ven conmigo, te daré un ejemplo.

Recorrieron un largo pasillo, y entraron en una sala muy amplia, donde podían verse multitud de pinturas de todos los tamaños, colgadas de las paredes y en algún caso simplemente apoyadas en ellas.

—Hay aquí una pintura excepcional —anunció Turner—. Una pintura en la que ese aspecto de malestar inexplicable de que te he hablado está claramente presente. Es un cuadro que simplemente inspira aversión, sin que se pueda descubrir la causa. Da la impresión de algo maligno, de algo repelente...

Longfellow recorrió con la vista la sala.

—¿Cuál de ellos es? —preguntó.

Pero el dueño de la casa hizo un gesto negativo con la cabeza, dejando escapar una risita.

—Te permito que lo descubras por ti mismo —dijo—. Recuerda, se trata de un cuadro... siniestro, en la más pura acepción de la palabra. Una obra perfectamente destacable, precisamente por esta cualidad. ¡Descúbrela!

Longfellow sonrió, ya acostumbrado a las excentricidades de su amigo. Le dejó en la puerta y avanzó paso a paso a lo largo de aquella exposición pictórica, fijando la mirada con toda atención en cada una de las pinturas. Había retratos, paisajes, incluso algunos bodegones...

De pronto se detuvo y frunció el ceño. Su mirada había quedado prendida en un gran cuadro colgado de la pared. Vaciló por unos instantes, y luego se volvió interrogativamente hacia su amigo.

—¡Exactamente! —exclamó éste, antes de que Longfellow pudiera hablar— ¿Comprendes ahora lo que te quería decir?

—Creo... creo que sí —balbuceó el otro, sin separar los ojos de la pintura, donde parecían estar ya irresistiblemente prendidos.

No podía decirse que el cuadro contuviera ningún elemento horripilante tal como se suele entender. Representaba tan solo un desolado paisaje en el centro del cual se alzaba un pozo en ruinas. Pero aquella cualidad siniestra a que Turner se había referido se hallaba presente en el lienzo de forma inexplicable, hasta el punto de ser su verdadero protagonista. Las carcomidas piedras del pozo, pintadas con mano maestra, expresaban por sí solas la pura esencia de la antigüedad, de la putrefacción inorgánica... Los matorrales muertos que rodeaban el motivo central y, sobre todo, el cielo desolado y gris que era su fondo encajaban en la expresividad total como los diversos instrumentos de una sinfonía. El conjunto no podía definirse sino como sobrecogedor.

Longfellow apartó al fin con algún esfuerzo la vista del cuadro para volverse hacia su anfitrión.

—Desde luego se trata de un verdadero artista —comentó— ¿Quién es?

—Es anónimo, y procede de una colección privada. Pude lograrlo a relativamente buen precio, y espero que me proporcione una ganancia excepcional.

—¿Tienes ya alguna oferta?

—Y casi definitiva. Seis mil quinientas libras y, por cierto, sin que ni siquiera hayan visto el cuadro.

Longfellow no pudo evitar un respingo.

—¿Seis mil quinientas libras esterlinas? ¿Y a ojos cerrados? ¿Puedes decirme quién es el cliente?

—No hay ningún secreto en ello —sonrió Turner—. Se trata de Ludwig Kirsten, de Hamburgo. Le encantan estas cosas, y tiene dinero para pagarlas. De todas formas no creas que compra a ojos cerrados, no. Este cuadro tiene cierto prestigio.

—¿De veras?

—Te he hablado de una colección privada. En realidad fue el último que compró Sir Edwin Malcolm.

Longfellow dio un paso atrás, sorprendido.

—¿Sir Edwin Malcolm? ¿El mismo que...?

—Exacto —respondió Turner—. Y ello no deja de ser un atractivo más para Kirsten, el atractivo del misterio y del crimen. Recordarás que nunca llegó a saberse la identidad del sádico o de los sádicos que acabaron con Sir Edwin de aquella horrible manera, en su misma casa de Southampton. Hubo detalles que la prensa ocultó al público...

Longfellow asintió, pensativo.

—Ya fue bastante con lo poco que dijeron, y personalmente agradezco que no publicaran ninguna fotografía de... lo que quedó del cuerpo.

—Bueno, quizás el propio Sir Edwin no fuera ajeno a la responsabilidad de lo que le ocurrió —dijo Turner lentamente—. Frecuentaba ambientes dudosos, siempre en busca de lo extraño, de lo esotérico. Se decía que buscaba el secreto de la inmortalidad, y que había ingresado en un par de sectas secretas, de las muchas que hoy infestan Inglaterra. En su mayoría son chalados inofensivos, pero también existen algunas de fanáticos muy peligrosos.

Dio un par de pasos hacia el cuadro, considerándolo gravemente.

—De todas formas la obra es excepcional, sea quien sea el artista. Si se contempla con atención, siempre puede encontrarse un nuevo detalle. A veces he llegado a pensar que cambia.

—¿Que cambia? —se asombró Longfellow—. ¿En qué sentido?

Turner le condujo frente a la pintura, a muy corta distancia de la misma.

—Fíjate bien —señaló—. Esas hierbas negruzcas que parecen brotar del pozo, justo al ras del mismo. ¿Las ves? Pues yo hubiera jurado que el primer día no estaban allí. Como... como si hubieran *crecido* en el mismo cuadro. Hay muchos pequeños elementos como ese, si sabes buscarlos, y es precisamente el conjunto de todos ellos, que se advierten casi sin verlos, los que proporcionan el ambiente general del cuadro.

Longfellow consideraba atentamente el pozo pintado.

—¿Hierbas? —dijo—. ¿Me permites verlas de cerca?

Ante la muda aceptación de su amigo, arrimó una silla a la pared y se subió a ella para acercar el rostro al cuadro en el lugar señalado. De pronto hizo una mueca de disgusto.

—No, Bart, aquí te has equivocado —dijo—. No se trata de hierbas sino de pelo.

Ahora fue Turner quien respingó.

—¿Pelo?

—Fíjate bien. Es pelo negro, y debajo de él, apenas sobresaliendo medio milímetro del borde del pozo... ¡Mira! Diríase una línea de... piel... piel verde. ¡La parte superior de una frente! El autor de la pintura quiso representar el atisbo de un ser monstruoso empezando a salir del pozo. Justamente como tú decías, algo que la vista consciente no llega a captar, pero que quizá sea advertido por el subconsciente, y contribuye a crear la impresión de horror que se des-

prende de la pintura. El artista tenía, desde luego, una maestría diabólica cuando fue capaz de conseguir ese efecto.

Turner asintió de todo corazón.

—Diabólica es la palabra exacta. ¿Ves lo que te quería decir? A cada nueva ojeada puedes encontrar un efecto que antes había pasado inadvertido. Si examináramos más atentamente el cuadro no dudo de que...

Se interrumpió bruscamente y luego arrastró suavemente a su amigo lejos de la maléfica pintura.

—¿Sabes qué te digo? —dijo en voz baja—. Que respiraré a fondo cuando Kirsten se lleve el cuadro.

—Ludwig Kirsten, de Hamburgo —murmuró Longfellow como para sí, mientras regresaban a la salita—. Un hombre cuyo conocimiento puede ser muy interesante. ¿Podrías presentármelo?

Turner se echó a reír de buena gana.

—No hay ningún inconveniente —dijo—. Mañana a las ocho de la tarde estará aquí para cerrar el trato. Puedes dejarte caer con cualquier pretexto, y tendré mucho gusto en presentártelo. Es un hombre muy cordial, aunque tiene sus manías.

—Te lo agradeceré mucho —replicó Longfellow.

* * *

El rostro de Turner irradiaba satisfacción cuando, al día siguiente, abrió la puerta a su amigo.

—Llegas a tiempo —dijo—. Ludwig Kirsten está aquí. En realidad se ha adelantado a la cita. Diríase que está verdaderamente interesado en el famoso cuadro.

Pasaron a la salita, que aparecía desierta.

—¿Dónde está? —preguntó Longfellow.

Su amigo le guiñó un ojo.

—¿Recuerdas la pequeña prueba que te hice pasar ayer? Buscar por ti mismo el cuadro en la galería. ¿No lo recuerdas? Pues Kirsten está entregado al mismo juego. He debido dejarle para atender a tu

llamada, pero ahora nos reuniremos con él. Vamos, puedes dejar aquí tu abrigo. A estas alturas ya debe haber encontrado la pintura, y me interesa conocer su reacción ante ella.

Se dirigieron al pasillo, pero antes de que lo alcanzaran el cliente emergió de él con una extraña expresión en el semblante. Era un hombre de pequeña estatura, de rostro que normalmente debía ser rubicundo, pero que ahora se mostraba pálido.

—Ah, *herr* Kirsten —le acogió Turner—. Desearía presentarle a uno de mis mejores amigos, y también gran aficionado a la pintura. Herbert Longfellow.

Se interrumpió de pronto al advertir la expresión del alemán.

—¿Se siente usted mal, *herr* Kirsten? —preguntó solícito—. ¿Le apetece una copa de coñac?

Kirsten negó con la cabeza.

—No, no es nada —dijo—. Encantado de conocerle, míster... míster...

—Longfellow —se presentó éste mientras estrechaba la mano del cliente. La sintió temblar bajo la suya.

—¿Y bien, *herr* Kirsten? —preguntó animadamente Turner—. ¿Ha descubierto el cuadro?

—Creo que sí —dijo el alemán—. El pozo... el pozo bajo el cielo gris, ¿no es cierto?

Turner asintió.

—No podía ser otro, desde luego —Kirsten entrecerró los ojos—. Lo siento infinito, míster Turner, pero me es imposible cerrar el trato.

Turner apretó los labios.

—¿Le ha decepcionado la obra?

—¡Me ha asustado! —casi gritó Kirsten—. No me avergüenza decirlo. Hay muy pocas cosas en el mundo que me asusten, pero ese cuadro es una de ellas. No podría tener esa pintura en mi casa, ni en ningún lugar próximo a donde duermo. Aquella... aquella espantosa criatura...

Turner alzó la mirada, sin comprender.

—¿Criatura? ¿Qué criatura?

—El monstruo... aquel diablo del infierno sentado al pie del pozo —balbuceó el germano—. *Mein Gott!*, quizá Malcolm pudiera soportar una cosa así, pero yo no tengo sus nervios. Lo siento, señores, deben disculparme.

Tras de que la puerta se cerrara tras Kirsten, los dos amigos quedaron por un momento en silencio, casi paralizados de asombro. Luego, sin cambiar una sola palabra, ambos se dirigieron hacia la galería.

—¡Dios de los cielos, ese hombre está completamente loco! —gritó Turner, al encararse de nuevo con el cuadro—. ¿Qué criatura infernal es esa de la que hablaba? ¿Dónde ha podido verla?

Longfellow le cogió por el brazo, intentando tranquilizarle.

—Escucha un momento Turner —dijo—. ¿No es posible que se hubiera equivocado de cuadro?

Turner movió la cabeza negativamente, sin dejar de contemplar el cuadro del pozo en ruinas.

—Mencionó el pozo, y el cielo gris detrás de él. No tengo nada parecido en ninguno de los otros cuadros, ni tampoco nada que pueda describirse como un monstruo infernal. Dijo... dijo que lo había visto aquí, sentado al pie del pozo.

Longfellow contempló largamente el cuadro, sin poder dominar una cierta inquietud.

—Pues desde luego aquí no hay ninguna criatura del averno. ¿Qué le ha podido ocurrir a Kirsten?

—¡Loco! ¡Completamente loco!

Finalmente Turner pareció tranquilizarse un tanto, y una expresión de fastidio surgió en su rostro.

—Bien, es un magnífico negocio que hace aguas. Seis mil quinientas libras que ya creía en mi bolsillo. ¡Maldito sea Kirsten y su imaginación! Vamos, beberemos una copa a su salud y a la de sus monstruos infernales.

Longfellow asintió, pensativo, como si su mente persiguiera algún efusivo recuerdo.

Turner trasteó en el mueble bar de la sala, sin dejar de murmurar algo para sí mismo.

—Creo que la cosa merece un *whisky* —decidió.

Longfellow continuaba meditando. Había algo que pugnaba por abrirse paso en su mente, sin lograrlo del todo.

Venía ya Turner con la botella y las copas, cuando de improviso la luz parpadeó y se extinguió.

—¡Diablos! —gritó en la oscuridad el dueño de la casa—. Otra vez esa condenada central eléctrica. Puedo decir que hoy no es mi día. Esperemos que no tarde demasiado en volver...

—¡Bart! —estalló de pronto la voz de Longfellow.

—¿Qué?

—Es extraño, pero hace unos momentos, cuando vimos el cuadro, noté algo inusitado en él. Hasta ahora mismo no me he dado cuenta de lo que era.

—¿Y bien?

—Como dijiste ayer... un *cambio*.

Hubo una pausa, y luego la voz de Turner sonó preocupada.

—¿Un cambio? ¿Qué quieres decir?

—El pelo, ese horrible mechón de pelo negro que brotaba del pozo... juraría que cuando vimos la pintura por última vez... no estaba.

Hubo un largo silencio, como si los dos hombres meditaran acerca de las palabras de uno de ellos, y de sus posibles implicaciones. Luego se oyó de nuevo la voz del dueño de la casa, en un tono extraño, temeroso.

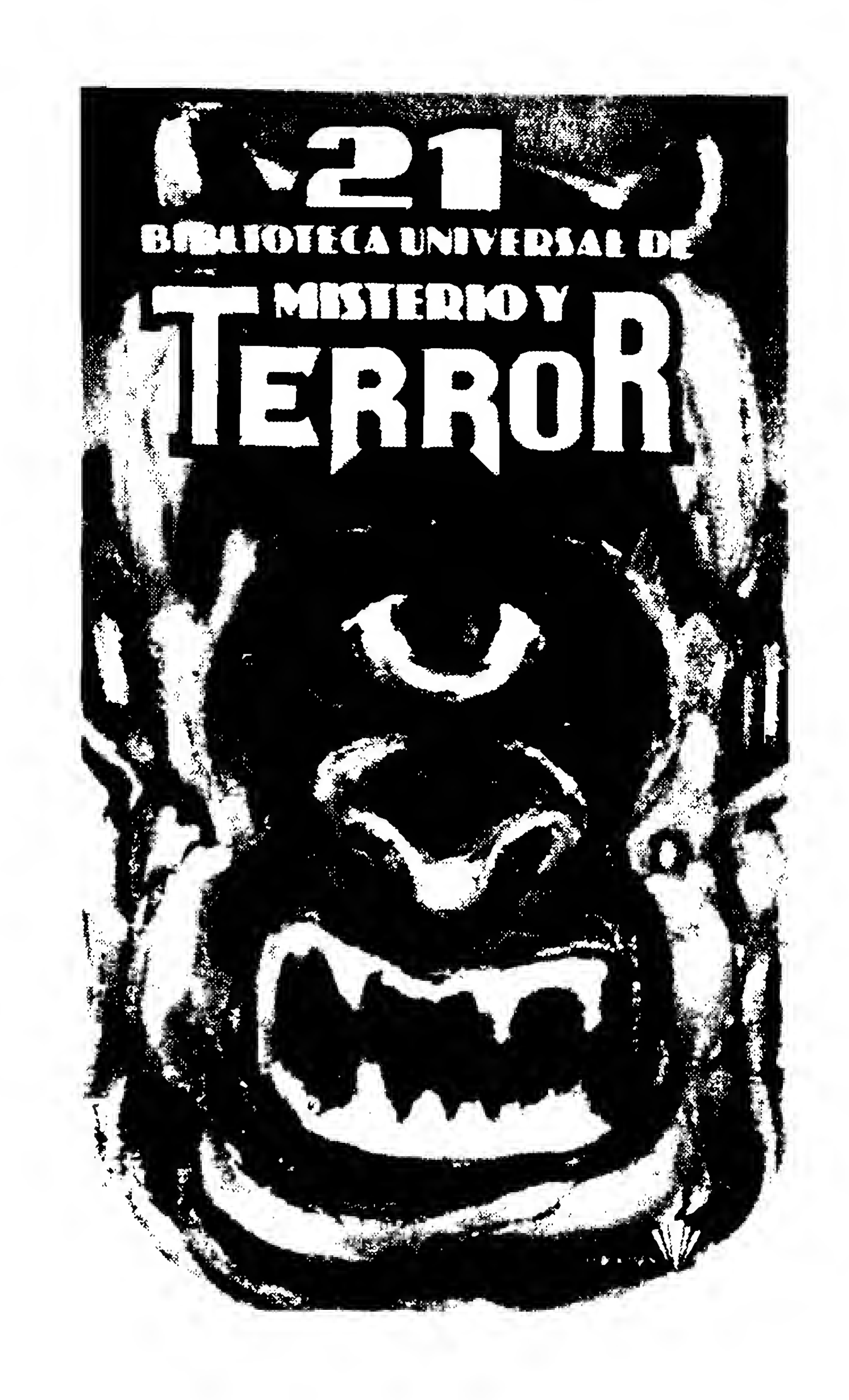
—Herbert ¿dónde estás?

—Aquí, donde me dejaste —respondió el otro—. Sentado en el sillón, junto a la chimenea. ¿Por qué?

Hubo una pausa y después, lenta, raspante, dejóse oír de nuevo la voz de Turner.

—Entonces... si estás sentado en el sillón junto a la chimenea, y estamos los dos solos en la casa... ¡¿QUIEN DIABLOS ACABA DE PONER SU MANO ENCIMA DE MI HOMBRO...?!

PROXIMA APARICION



VISITAS AL MUSEO

EL PENTAGRAMA

CICLOPES

EL EXPERIMENTO

CELOS

DESDE LAS SOMBRAS

EL LECHO DEL TERROR

METAMORFOSIS
DE UN HOMBRE NORMAL





LA SED

CON LOS OJOS ABIERTOS

LA CENA

MARIA DIOLINDA

EL EMPAREDADO

ENCANTAMIENTOS EN LA FRONTERA U.S.A

LA CABELLERA

EL POZO PINTADO